

La
conquista
del
ESPACIO
se

LOS HOMBRES DE ARKAND

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Cerca de él aún dormía Brukal, su compañero de cacerías. Éste no había querido entrar con él a pasar la noche en la Ciudad Muerta. Aseguraba que prefería el frío del desierto, en la noche, y la proximidad de las alimañas, al silencio de las ruinas. Las leyendas aseguraban que allí surgían en las noches de doble luna, los muertos habidos en los Días Negros.



A. Thorkent

Los hombres de Arkand

Bolsilibros: La conquista del espacio - 101

ePub r1.0

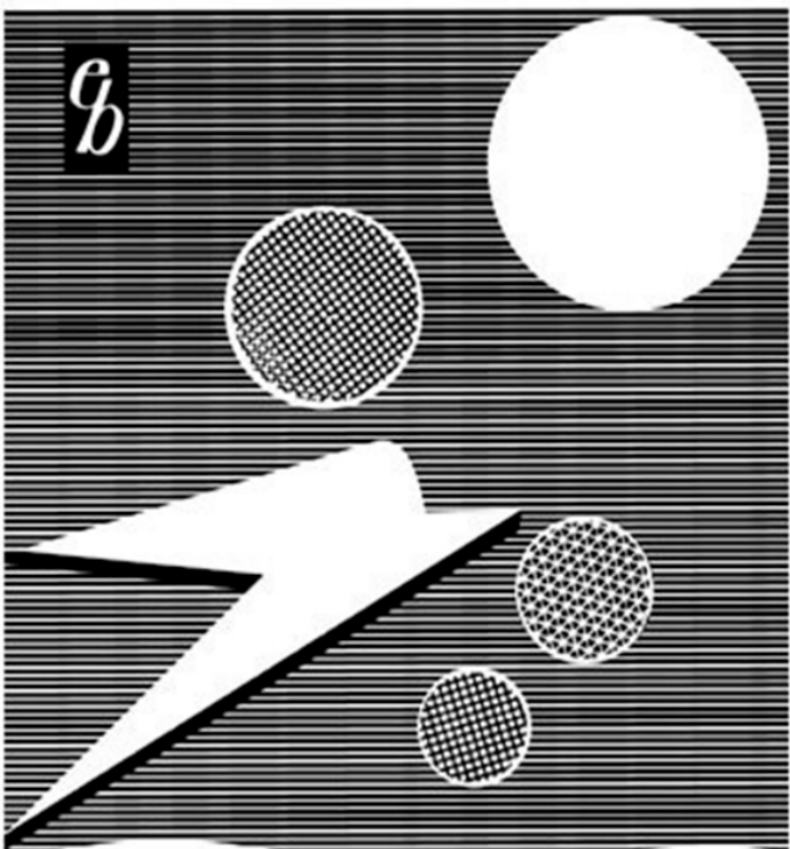
Titivillus 25.09.2019

A. Thorkent, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



eb

A stylized graphic featuring a large white rocket launch plume against a background of horizontal lines. Several circular celestial bodies are depicted: a large solid white circle in the top right, a circle with a cross-hatch pattern in the upper left, a circle with a star pattern in the middle right, and a smaller circle with a cross-hatch pattern in the lower right.

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LOS HOMBRES DE ARKAND

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

Antelt despertó cuando los primeros rayos del sol lamieron su piel curtida, morena y plagada de cicatrices.

Había dormido mal. Las pesadillas no cesaron ni por un instante, y ahora tenía que hacer un gran esfuerzo para concentrarse, para saber que de nuevo estaba en la realidad.

Miró en torno suyo y se estremeció. Sus manos recorrieron el suelo hasta que tocaron las armas. Al contacto del frío acero, se sintió mejor.

Había llegado de noche a la Ciudad Muerta, buscando cobijo porque sabía que las fieras del desierto hubieran acabado con él, si allí hubiera permanecido sin haber podido prender una fogata protectora.

Si en las sombras las ruinas de la Ciudad Muerta le habían impresionado, a la luz del naciente día su imagen era aún más sobrecogedora.

Se incorporó lentamente, al mismo tiempo que sus ojos miraban lo alto de los elevados edificios, que mostraban sus muñones ennegrecidos y polvorientos. Debió de haber sido un lugar bello, hermoso, agradable para vivir. Ahora no era sino un vestigio de un pasado lejano, que los viejos se esforzaban en asegurar que no fue mejor que el presente.

Cerca de él aún dormía Brukal, su compañero de cacerías. Éste no había querido entrar con él a pasar la noche en la Ciudad Muerta. Aseguraba que prefería el frío del desierto, en la noche, y la proximidad de las alimañas, al silencio de las ruinas. Las leyendas aseguraban que allí surgían en las noches de doble luna, los muertos habidos en los Días Negros.

Pero Antelt no le hizo caso. Le respondió que si prefería morir despedazado, podía quedarse en las afueras. Al menos, en la ciudad, aunque también entrasen las alimañas nocturnas, podían elegir un

lugar elevado, lejos de su alcance.

Brukal tardó en dormir. En cambio, Antelt, agotado por las emociones del día, las luchas y la gran caminata bajo el ardiente sol, cayó pronto en profundo sueño.

Dio un ligero puntapié a Brukal, diciendo:

—Vamos, holgazán, despierta.

Brukal protestó, se revolvió y terminó sentándose. Después de restregarse los ojos y mirar a su compañero, preguntó:

—¿Ocurre algo? —Luego de percatarse de la burlona sonrisa de Antelt, añadió—: No, claro que no. Mejor dicho, sí. ¿Hay algo para comer?

—Lagartijas —replicó Antelt, arrojando su puñal más pequeño contra una de ellas, que corría junto a los pies de Brukal.

—No me agradan —suspiró Brukal—. Pero si no hay otra cosa...

Antelt extrajo el puñal del cuerpo de la lagartija. Sopesándola, consideró que era un buen ejemplar. Quizá tuviera bastante con ella. Dijo mientras empezaba a despellejarla:

—Búscate alguna para ti. Y te advierto que no esperaré mucho.

Brukal se puso en pie y rezongó, mientras salía de la estancia que les había servido para pasar la noche:

—Descuida. Estoy deseando salir cuanto antes de este sitio.

El guerrero apenas dirigió una mirada a Brukal. Se acercó más al sitio donde, a través del destruido techo, entraban a raudales los cada vez más fuertes rayos solares. Atravesó el cuerpo sin piel y blanquecino de la lagartija con una varita, y la dejó al sol. Así, al menos, se calentaría algo.

Cuando Brukal regresó, ya Antelt terminaba su desayuno. Bebió un comedido trago de agua en su cantimplora, y se sintió mejor, con el estómago un tanto lleno. Se colocó entre los dientes la misma ramita que había servido para cocer un poco al sol la lagartija. Echaba de menos el tabaco que el viejo Leahj preparaba. Dentro de su bolsa llevaba la pipa de barro, fría desde hacía más de cuatro días. Pero junto a ella guardaba, debidamente protegido, algo mucho más valioso que todo el tabaco del mundo.

Lentamente, como si temiera que sus manos pudieran quebrar algo en el interior de la bolsa, Antelt sacó un frasco de vidrio, grueso y pintado de negro. Un tapón de caucho, confeccionado con una pieza que alguien se encontró muchos años atrás, lo cerraba

herméticamente. Pesaba mucho, y ante ello, Antelt sonrió, complacido.

Por aquello eran capaces de luchar los hombres hasta morir. Quizá no mataran por agua o por una mujer, pero sí por aquello.

Y él había tenido que matar a dos hombres, el día anterior, por conservar en su poder aquel frasquito pintado de negro. Brukal, pese a no ser un guerrero experto, le ayudó con cierta eficacia. Los otros tres ladrones, viendo que la cosa se les ponía muy fea, y que no tenían tan buenas armas como los que pretendían robar, pusieron tierra por medio.

Antelt, desconfiado, había pensado que los tres ladrones no se habían alejado demasiado. Le seguirían a distancia, esperanzados de cogerles dormidos o desprevenidos. Por eso Antelt optó por pasar la noche en la Ciudad Muerta. Allí los bandidos no se atreverían a buscarles.

El guerrero guardó con esmero el frasco en el fondo de su bolsa de viaje, protegiéndolo con varios trapos. Si por cualquier circunstancia se rompiese... Se estremeció, ante la simple idea. Habían pasado muchas calamidades él y Brukal para reunir aquella pequeña, pero inapreciable cantidad de «ducre».

—Vamos, compañero —dijo Antelt, impacientándose—. Es hora de partir.

—Calma, calma —replicó Brukal. Arrojó lejos de sí los despojos del par de lagartijas que le habían servido de comida. Bebió y, tomando sus pertrechos, dijo, animoso—: Cuando quieras.

Descendieron por la destrozada escalera hasta la calle. El edificio que eligieron la noche anterior no era muy alto. Apenas tenía tres plantas. Antelt se preguntó para qué había servido en la antigüedad. Como todos, estaba lleno de escombros y polvo. Entraron por una ancha calle, tan ancha que ni siquiera el derrumbe de las casas había terminado de tapar la calzada. A derecha e izquierda de ellos se alzaban, al cielo ya azul de la mañana, los que fueron, tiempo atrás, orgullosos rascacielos de cristal y acero. Como todos, sus cúspides parecían cabos de vela. El metal se había derretido, y caía a goterones por su fachada. Allí se solidificó y formó extrañas cascadas, brillantes e inmóviles.

—Me hubiera gustado conocer esto cuando todo tuvo vida —murmuró Antelt, sin esperar ser oído por Brukal. Pero éste le oyó y

dijo:

—¿Olvidas que los ancianos dicen que por culpa de los habitantes de las ciudades llegaron los Días Negros? A causa de sus pecados, todos los hombres tuvimos que emigrar a los desiertos, hasta que todos los bosques se secaron y las aguas de los lagos se evaporaron. Ellos, los que vivieron aquí, tuvieron la culpa de lo que pasó...

—Los viejos cuentan siempre cosas huecas, Brukal —gruñó el guerrero.

Habían llegado hasta una gran plaza circular. Sobre ella aún quedaban indemnes puentes colgantes, que iban de un lado a otro. El suelo estaba lleno, además de ruinas, de informes montones de metal. Tan oxidado estaba, que con los dedos podían quebrarse las planchas.

—Fueron artulugios de los que los antiguos se valieron para ir lejos, sin necesidad de caballos —explicó Antelt, y Brukal le miró, moviendo con pesimismo la cabeza, como si dudara del equilibrio mental del guerrero.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó por decir algo, aunque bien sobradamente sabía de quién se trataba.

—Leahj —replicó Antelt, sonriendo ante el recuerdo del amable viejo, que era considerado por todos los de su tribu como un loco. Sin embargo, él lo apreciaba mucho. Y no creía que estuviese perturbado.

—Ese viejo chocho...

—No está loco. Leahj es inteligente. Es capaz, incluso, de interpretar los Viejos Papeles.

—Por eso digo que está loco. Todo el mundo usa los papeles para avivar las hogueras, mientras que él, en cambio, se enfurece cuando ve esto. ¿Para qué guarda tantas cosas, que él llama libros, en su choza? Incluso prefiere pasar frío, en invierno, antes de quemarlos cuando no tiene madera.

—Dice que valen mucho los libros.

—¿Más que el «ducre»? —preguntó, sarcástico, el bueno de Brukal.

—Leahj dice que, antes que llegasen los Días Negros, el «ducre» nadie lo quería, que no valía nada. Era fácil de encontrar. Ahora, apenas hay. Es preciso rastrear por muchos días el terreno para

encontrar la cantidad que nosotros llevamos. Y eso, si hay suerte.

Terminaron de cruzar la gran plaza. Ahora los edificios empezaban a escasear, y comenzaba el desierto. Los dos hombres se tuvieron que poner sobre sus cabezas los gorros de piel de caimán para mitigar el calor.

Ante la gran planicie resplandeciente que se les ofrecía, ambos miraron el horizonte detenidamente, escudriñando cada roca que podía servir de refugio a los bandidos que andaban tras ellos.

—Parece que han desistido —comentó Brukal.

—No lo creas. Es posible que aún nos llevemos un desengaño. Pueden estar esperándonos lejos. Saben que tenemos que caminar hacia el sur para llegar a nuestro poblado.

—Opino, entonces, que debemos dar un rodeo. Antelt movió la cabeza.

—Y retrasar nuestra llegada al poblado otro día más. No. Caminaremos derecho. Nos temen, y es posible que no nos ataquen ya. Además, no debemos perder más tiempo. ¿Olvidas que los magos de Achen no estarán mucho tiempo en el Valle Grande?

—Tienes razón, como siempre —asintió Brukal. Observó entonces los ojos entristecidos de Antelt, y quiso animarle.

Los magos de Achen.

Antelt se mordió los labios con furia, al recordarlos. Los que en un principio parecieron seres benefactores, se transformaron de la noche a la mañana en sanguijuelas. Iban de tribu en tribu, exigiendo «ducre», doncellas, animales o lo que les pareciera mejor.

Pero, sobre todas las cosas, deseaban «ducre». Si no había «ducre» no daban los remedios para combatir las constantes epidemias que asolaban las tribus.

—Todos creímos que los magos de Achen eran buenos —masculó Antelt, en voz alta, sin darse cuenta.

—¿Qué dices? —inquirió su acompañante, sorprendido por las inesperadas palabras.

—Nos engañaron, Brukal, nos engañaron.

—¿Quiénes?

—Los magos. Llegaron anunciándose como los sublimes veladores de la salud espiritual y corporal de nuestras tribus. Nos entregaron los remedios para que los enfermos de la plaga sanasen. Luego, cuando comprendimos la eficacia de sus remedios, pusieron

el precio: «ducre».

Brukal no le respondió porque conocía los resentimientos que anidaban en el alma de su amigo. A su mente acudió la imagen moribunda de Tastia, la compañera de Antelt, que agonizaba desde hacía quince jornadas.

Sí, Antelt tenía motivos sobrados para odiar a los magos de Achen, pensó Brukal. Antelt solicitó ayuda, la imploró incluso de rodillas. Pero los magos se mantuvieron graníticos en su decisión. Querían «ducre» a cambio de las medicinas.

Brukal estaba presente en aquella entrevista, y tuvo miedo de la mirada de su compañero. A Antelt le brillaron los ojos, se le tensaron los músculos de su fuerte cuerpo, y las manos buscaron la espada y daga de sus fundas vacías. Los magos no permitían a los hombres que se les acercaran armados. De no haber sido así, a Brukal no le hubiera sorprendido que Antelt, cegado, cometiese la locura de atacar a los magos.

Al final Antelt tuvo que humillarse y salir de la tienda portátil de los magos. No le quedaba otra alternativa que buscar «ducre» si quería salvar a su compañera.

Aquel año fue benigno, y no había otros enfermos en la tribu. Cuando Antelt solicitó ayuda a los demás guerreros, todos expusieron sus excusas. La realidad fue que a ninguno le tentaba la idea de atravesar el siempre peligroso desierto, sortear las ciudades muertas, algunas de las cuales brillaban en la noche, y acercarse a ellas suponía padecer la plaga, luchar contra los bandidos y, para final, buscar en los montes los granos de «ducre».

Se podía disculpar a aquellos guerreros su falta de colaboración. La existencia en la tribu, como en todas, era dura. Cada día había que luchar, cazar y cultivar las paupérrimas tierras, defenderlas de los ladrones de frutos. Ninguno quería dejar sola a su familia porque sabía que ésta no iba a recibir ninguna ayuda de las demás, en caso de peligro.

Sólo Brukal se ofreció a acompañarle. Salieron al anochecer. Mientras se alejaban del poblado, Antelt se volvió cuando llegaron a un elevado del terreno. Desde allí se podía observar las miserables chabolas de la tribu. Lejos de éstas, las dos tiendas de fuerte tela, impermeables, de los magos de Achen. Éstos habían dicho a Antelt que estarían allí durante treinta jornadas, antes de regresar a

Achen.

Antelt, por tal motivo, nunca perdería un día rodeando el desierto para eludir un probable ataque de los bandidos que, desde hace días, desde que regresaron de los montes con el inapreciable «ducre», les seguían. Ya una vez les atacaron y se llevaron la peor parte. Antelt era un gran guerrero. Pero podían volver. Y quizá con refuerzos.

Sabían lo que llevaban. Seguramente los bandidos no querían el tarro pintado de negro para conseguir medicinas de los magos, sino armas de bien templado acero, que eran capaces de partir en dos cualquier espada fabricada por los mejores armeros de las tribus.

Antelt poseía una de aquellas espadas que tenían los magos. La obtuvo después de matar a un guerrero de su tribu, que siempre estaba observando a Tastia. Un día, ebrio quiso abrazarla, y Antelt le mató. El guerrero no tuvo tiempo de usar la espada de buen acero de Achen. Antelt se quedó con ella, con el consentimiento de los ancianos.

Antelt, con su fuerza y la inestimable ayuda de aquella espada, se sentía capaz de enfrentarse a toda una partida de bandidos.

Además, contaba con la ayuda de Brukal, quizás el más ágil de la tribu en el lanzamiento de puñales.

Ninguno de los dos hombres hablaba. No querían malgastar la saliva.

Muy atrás quedaba la ciudad cuando Antelt, de un imperioso ademán, detuvo a Brukal.

—Algo hay detrás de esa roca —dijo.

Señalaba una de las muchas que sobresalían, pulidas por el viento de un millón de años, a unos doscientos metros de donde se hallaban.

—Es un hombre —añadió Antelt, aguzando la mirada, al tiempo que desenvainaba su espada brillante y de ancha hoja.

Brukal también dispuso su espada, más corta y menos brillante que la de su compañero, pero tan eficaz para enfrentarse a alguien que no llevase una de Achen.

Ambos, separados, se acercaron sigilosamente a las rocas.

CAPÍTULO 2

Cuando estuvieron a unos metros del lugar, los dos hombres comprendieron que nada debían temer de aquel individuo.

Yacía de espaldas a la roca, mirando al sol fijamente con los ojos muy abiertos y sin vida.

—Está muerto —exclamó Brukal.

—Sí —asintió Antelt—. Es uno de los que ayer nos atacaron. Míralo bien, amigo. ¿Qué notas en él?

Brukal se arrodilló para estudiar mejor al cadáver. Se levantó, nervioso, retrocediendo, muy pálido.

—Es la plaga —anunció en un hilo de voz.

—Quizá por eso nos atacaron. Sabían o adivinaban que con lo que llevamos podían haber obtenido de los hombres de Achen el remedio para su mal.

Se fijó mejor en el demacrado rostro del bandido. Las llagas cubrían su rostro, haciéndolo repulsivo. Recordó que el día anterior uno de los atacantes apenas intervino en la lucha, y tenía el rostro cubierto por telas.

Se había equivocado, tuvo que reconocerlo. Aquellos hombres no habían intentado matarlos y después robarlos para obtener el «ducre», moneda admitida por los magos de Achen, y a cambio de lo cual hubieran entregado armas. Posiblemente, el resto de la partida eran hermanos o parientes del muerto. Después de todo, aún había en aquel atormentado mundo un resto de nobleza. Aún existían personas capaces de ayudar a un hermano, a un compañero de tribu, a salvarse, aunque fuese a costa de matar a unos desconocidos.

Terminando de hacer orales sus pensamientos, Antelt dijo:

—Aunque las víctimas hubiéramos sido nosotros, es digno de admirar el gesto de los compañeros de este desdichado.

—¿Qué dices? —preguntó, extrañado, Brukal.

—Nada, no tiene importancia. Vámonos de aquí cuanto antes.

Brukal miraba con ansia el arma caída al lado del muerto.

Antelt comprendió la expresión de su compañero, y le espetó:

—¿Acaso olvidas que no debe tocarse nada que haya pertenecido a una víctima de la plaga? Cógela, si quieres, y terminarás como él.

Se alejaron rápidamente de allí. Cuando el horizonte hubo ocultado la roca con su fúnebre acompañante, Brukal se atrevió a decir:

—No he olvidado las normas vitales, Antelt. Pero me gustaría saber por qué tú no dudaste en estar siempre al lado de Tastia. Y esa vieja tuerta, Plantae, creo que se llama. ¿Por qué? ¿Las olvidaste, tú?

Antelt tardó en responder. No le gustaba recordar que, siendo él un niño, su padre pagó un alto precio a los magos de Achen a cambio de las medicinas necesarias para curarle de la plaga. Le repugnaba que a su mente llegase, de forma dolorosa, lo que costó su curación. Desde aquel día, su padre no fue el mismo. Siempre estuvo apartado de él, hasta que un día no regresó de la caza.

A veces, Antelt pensaba que su padre terminó odiándolo.

Tenía muy poderosos motivos para no explicar nada a Brukal, que llegó a la tribu cuando todos sus miembros habían olvidado lo sucedido. Se limitó a decir:

—La anciana Plantae tuvo la plaga, siendo pequeña. La superó sin medicina alguna. Algunos dicen que fue un milagro de los dioses.

—¿Y tú?

Antelt aspiró hondo y respondió:

—Yo me arriesgué porque era mi deber. Tastia es mi compañera. Además, no siempre la plaga es contagiosa. Dicen los viejos que existen diversas variedades y creo... Antelt calló inesperadamente. Miraba hacia una loma. Su compañero confuso miró también hacia allí. Apenas tuvo tiempo de ver una forma borrosa desvanecerse en el aire.

—¿Qué ha sido? —preguntó Brukal.

—No lo sé. ¡Creí haber visto un hombre allí! Vestía... ¿Cómo lo explicaría? Su ropa parecía brillar al sol en algunos sitios. Debe de haber sido del calor. He visto visiones. Brukal movió enérgicamente

la cabeza.

—No. Yo también vi algo parecido. Reemprendieron la marcha.
Al rato Antelt dijo:

—No ha sido la primera vez desde que salimos del poblado que me ha parecido ver la misma figura en lo alto de una loma.

—No me dijiste nada. Antelt se encogió de hombros.

—Te repito que pensé que eran alucinaciones mías. Pero ahora tú también has creído ver algo, ¿no? —Sí.

—Tal vez sean los brujos del desierto. Son enemigos de los magos de Achen.

Al mediodía, cuando el calor era más insoportable, buscaron el cobijo de unas rocas. Reconfortados en las sombras, bebieron un poco de agua y galletas secas. No volverían a reanudar la marcha hasta pasadas las horas de mayor calor.

Brukal dormitó pronto. Antelt, en cambio, permaneció con los ojos muy abiertos. Los bandidos, los compañeros del que encontraron muerto, podían estar cerca. Tenían el viento de cara, y por el frente no debían temer nada. Por la espalda, la sombra de los bandidos sería proyectada en la seca arena, y les daría la alarma.

Antelt miró a su compañero, quien ya dormía profundamente. Decidió no despertarle. Brukal era un buen amigo, fiel, pero carecía de la suficiente fortaleza como para alejar de sí el sueño.

Sonrió Antelt. Ante el cegador resplandor de la arena parpadeó varias veces. Cuando fijó la mirada al frente, estuvo a punto de gritar.

A menos de cien metros del lugar donde descansaban había aparecido una persona. Parte de sus vestimentas brillaban al sol. Era una mujer. Una mujer, que, pese a la distancia, Antelt comprendió que era muy hermosa.

Muy despacio, sin hacer ruidos que despertasen a Brukal, Antelt terminó de incorporarse. Había tomado su preciada espada, empuñándola con fuerza.

La mujer avanzó unos pasos, y se detuvo. El viento mecía sus cabellos largos y dorados, como si el sol los hubiese teñido. Antelt se dijo que nunca en su vida había visto nada tan bello.

Tastia era considerada en la tribu como una mujer hermosa, pero le faltaba el encanto que aquella figura irradiaba. Se movía grácilmente sobre la arena, ahora que volvía a descender por la

loma.

Entonces, Antelt contuvo otro grito de asombro, porque la mujer no dejaba tras sí huella alguna al caminar.

Aunque había salido de las sombras que las rocas proporcionaban, Antelt no solamente empezó a sudar a causa de la acción del calor. Era valiente, quizás estaba considerado como el más valiente de la tribu. Nunca había temido a guerrero alguno, ni siquiera se cohibía ante la presencia de los magos de Achen porque éstos tenían apariencia de hombres, y sus cuerpos reflejaban sombras.

Pero aquella aparición le sobrecogía. ¿Quién era aquella mujer que seguía avanzando hacia él?

Aunque nadie los había visto, todos temían a los dioses del desierto, los guardianes de las ciudades muertas. Luego estaban los brujos que habitaban aquellos desolados parajes, y que nadie había conseguido describir exactamente. ¿Era la mujer una diosa o una bruja?

Si era lo último debía poseer un gran poder para mostrarse a la vista de los humanos con tanta belleza, ya que todos presumían que las mujeres de los brujos tenían que ser horripilantes.

¿O tal vez era una diosa?

No podía estar seguro de nada. Mientras seguía observando, estupefacto, la aproximación de la mujer, Antelt pensaba si debía despertar o no a Brukal, quien seguía durmiendo plácidamente, ajeno a lo que sucedía.

Estuvo a punto de tocar con la punta de su espada el cuerpo dormido. Cuando el acero se aproximaba, la figura femenina se detuvo y alzó la mano, indicándole con aquel mudo gesto que no despertase a Brukal. ¿Por qué?

Ya apenas la tenía a unos diez metros. Antelt, aspirando hondo, se acercó a ella. La tenía tan cerca que, si adelantaba el acero, podía tocarla. Pero algo en su interior le dijo que, aunque la mujer le amenazase con llevarle a los infiernos, él nunca sería capaz de levantar su arma contra ella. La desconocida le sonrió ampliamente. Movi6 la boca, como si estuviese hablando. Antelt no escuchó sonido alguno. Intentó decir algo, y se encontró con la garganta tan seca que no pudo articular palabra alguna.

La mujer hizo un gesto de clara contrariedad. Se volvió como si

hablase con algún ser invisible, que estuviese a su espalda. Luego, se giró para sonreír a Antelt, y le saludó con la mano.

Entonces ocurrió lo inesperado. La bella figura se esfumó. Desapareció, ante la mirada atónita del guerrero.

Antelt miró alrededor suyo. No se veía nada, ni el suelo arenoso encontró rastro alguno de la mujer. Con su mano izquierda, tanteó el aire donde segundos antes estuviera la desconocida.

Bajó la mirada, y encontró su propia sombra. Cuando regresó, lo hizo pisando sus mismas huellas. Allí sólo quedaban rastros de él, ninguno de la mujer.

Se tumbó al lado del dormido Brukal, dejando caer la espada en la caliente arena. Se restregó los ojos, como si quisiera asegurarse de que lo sucedido no había sido un sueño. Se arrepintió de no haber llamado a Brukal. Él le habría confirmado si deliraba.

¿Por qué hizo caso a la desconocida? Pareció haberse alarmado cuando él hizo intención de despertar a Brukal. Aquello debía significar que no deseaba ser vista por otro que no fuese él.

Estuvo mucho rato meditando. Al cabo, había llegado a la conclusión que la aparición no podía ser una bruja. Si era una diosa, no debía temer nada de ella. Los dioses no suelen sonreír a los mortales para después hacerles daño.

¿Debía pensar que contaba con el favor, con la protección, de una diosa? Era muy aventurado afirmarlo. Los dioses suelen ser volubles con los humanos. Tan pronto les otorgan su amparo como les abandonan en manos de los genios malignos.

Brukal despertó al rato, y Antelt nada le dijo. El calor no era tan intenso cuando reemprendieron la marcha.

Llegaron una hora más tarde hasta el comienzo de un paisaje rocoso, donde el desierto terminaba o parecía tomarse un descanso en su monotonía.

—Podemos pasar la noche en la Casa de Hierro de Zlate, el Ermitaño —sugirió Antelt.

Brukal torció el gesto, no muy conforme con la proposición.

—Si no fuera porque suele obsequiar a los viajeros con leche de sus cabras gigantes... —terminó diciendo.

Antelt estaba olvidando la aparición de la diosa o lo que fuese. Rió con ganas, y palmeó la espalda de su compañero, diciéndole:

—Eres rencoroso, compañero. ¿Por qué no olvidas la broma que

Zlate te hizo la última vez que estuvimos con él?

—No fue de buen gusto, no.

Ya tenían a la vista la Casa de Hierro, y Antelt se sonreía, recordando lo sucedido en aquella ocasión. Zlate criaba un fruto pequeño y rojo, muy picante. Antes de comer, Brukal le dijo que aquello parecía bueno, y el Ermitaño le preparó un platillo. Brukal tuvo que tomarse tres jarras de leche caliente para apagar el fuego de su estómago.

—¿Cómo dijo Zlate que se llamaba aquello? —preguntó Antelt.

—Pimienta —respondió Brukal, en un gruñido.

La Casa de Hierro se levantaba en la cima de un monte que dominaba ampliamente aquel paraje rocoso. Seguramente Zlate ya les había visto, ya sabía que aquella noche iba a tener huéspedes.

Junto a la entrada ya les esperaba Zlate. Vestía, como siempre, sus viejas pieles de cabra. Aún había suficiente claridad como para que los guerreros pudieran distinguir perfectamente aquella morada, que era conocida por todo el contorno como la Casa de Hierro.

Efectivamente, era de metal. Pero estaba mohoso, y apenas en algunos lugares quedaba rastro de su antigua brillantez. Nadie sabía cómo Zlate construyó aquella vivienda. Él aseguraba que la encontró tal cual estaba. Apenas hizo algunas reparaciones. Tenía suficiente. Era segura, aunque un poco calurosa durante el día. Por la noche, tenía que encender el hogar que fabricó muchos años antes. Construyó una chimenea, por la cual salía ahora el humo negro, producto de la seca leña que tenía en abundancia en un cercano bosque calcinado durante los Días Negros.

—Mis saludos, viajeros —dijo Zlate, cuando llegaron junto a él los guerreros.

—Recibe tú los nuestros, Ermitaño —dijo Antelt, inclinando la cabeza—. Solicitamos de tu bondad asilo por esta noche.

—¿Nada más? —preguntó, arqueando una ceja desconfiadamente.

Antelt ya conocía lo suficiente a Zlate como para saber que con él no valían las mentiras. El viejo tenía un fino sentido, que le permitía saber cuándo le dirigían falsas palabras.

—Nos acordamos de tu sabrosa leche de cabra —dijo Antelt.

—Pasad —dijo el Ermitaño—. Muchos no desean la leche de mis

animales porque dicen que proceden de seres alterados por los dioses durante los Días Negros.

Entraron en una habitación alumbrada por lámparas de aceite. Todo en ella era de metal, paredes, techo y suelo. Una mesa metálica y varias sillas, también de hierro, formaban un frío mobiliario. Al fondo crepitaba una acogedora hoguera, sobre la cual hervía un pote de barro.

—Esta noche tengo caldo, un magnífico caldo. Ayer maté una cabra. Hasta esta misma mañana he estado salando carne —dijo el Ermitaño—. Sentaos por ahí.

Brukal se acercó hasta el caldo. Lo movió con la cuchara de madera, extrajo un poco y lo olió. Zlate estalló:

—No temas, estúpido. No tiene lo que la otra vez te hizo arder las entrañas.

Brukal se volvió, aturdido, y se sentó, presto, al lado de Antelt.

—También tengo leche recién ordeñada —dijo el viejo—. Os lo digo porque sé que a vosotros no os importa bebería. Otros viajeros la rechazan, cuando se enteran de que procede de cabras gigantes. ¿Que nadie quiere criarlas prefiriendo las normales? Peor para ellos. Las mías dan más leche, mejor y, cuando las sacrifico, tengo carne para un mes, salándola y ahumándola.

Se sentó frente a los guerreros, sobre unas pieles, y añadió:

—Me moriré sin comprender a la gente, a los estúpidos llenos de prejuicios, que prefieren pasar hambre a hacer las cosas como es debido. ¿Os dije alguna vez por qué huí de mi tribu y me recliné aquí?

Los dos compañeros movieron la cabeza negativamente. Zlate llenó dos tazas de espeso caldo, en el cual se movían sabrosos trozos de carne, entregando uno a cada invitado. Entonces dijo:

—Hoy parece que tengo ganas de conversación. Puede ser porque, desde hace muchos días, nadie se acerca por aquí. Os contaré algo que nadie sabe. Es posible que lo haga porque me siento cada día más viejo, y temo morir sin haberle contado a alguna persona con un poco de inteligencia lo que pienso de todo esto, de este cochino mundo que nosotros, los humanos, nos esforzamos en hacer peor.

Antelt, miró sorprendido al anciano. Nunca le había visto tan conversador. ¿Qué le pasaba aquella noche?

De todas formas, tenía entre las manos un reconfortante tazón humeante, capaz de darle suficientes energías. Lo menos que podía hacer era poner atención a las tonterías que el viejo le contaría.

CAPÍTULO 3

Zlate, el Ermitaño, habló mucho, aquella noche.

Brukal dormía, aburrido con tanta charla. La mitad de las cosas del anciano no las comprendía él. Su corta inteligencia le incapacitaba para ello.

En cambio, Antelt sintió curiosidad, y prestó atención.

Zlate decía:

—Los hombres más estúpidos del mundo estaban en mi tribu. Cambiaron las cosas naturales por sistemas absurdos. Sentí asco de ellos, después de tanto tiempo de soportarlos. Decidí escapar, huir de allí. Entonces era joven, y confiaba en encontrar en otro lugar seres que se comportasen de forma más lógica.

»No sé qué me hizo pensar aquello. Lo cierto es que, durante muchos años, recorrí el mundo. ¿Qué buscaba? No lo sabía entonces ni lo sé ahora. Es posible que pretendiese encontrar la única verdad. Tú, Antelt, me preguntarás ahora qué verdad buscaba. ¿Es que acaso hay otra verdad? Sólo puede haber una.

»Todos nosotros hemos nacido en una época alucinante. Estoy completamente seguro de que el mundo no siempre ha sido así. El que vivimos es ilógico, absurdo. No tiene sentido si se le estudia detenidamente.

»Durante aquellos años de peregrinaje visité muchos lugares, siempre esperanzado de encontrar una civilización mejor que la conocida. Fue en vano. En todas partes reina el caos, la ignorancia, el temor a los brujos, a los magos, a los hechiceros. ¿Qué es lo que pasa para que la humanidad sea tan estúpida como para que se someta a unos individuos que la explotan?

»Los brujos, magos y toda esa calaña, medra a nuestra costa. Se nutren de nosotros constantemente. ¿Por qué? ¿Cuál es su poder?

Antelt había escuchado, en silencio. No pudo contenerse por más tiempo y dijo:

—El poder de los magos es grande.

—¿Por qué es grande el poder de los magos?

—Ellos tienen la medicina que cura de la plaga.

—Sí, es cierto —asintió, apesadumbrado, el Ermitaño—. En mi juventud intenté conocer el secreto de los magos de Achen, por qué ellos poseen el remedio de la plaga. Ellos no pueden ser buenos, cuando tienen a su alcance el remedio que azota a la humanidad y lo escatiman.

—Quizá no dispongan de medicina en abundancia...

—Es mentira. Podrían librar al mundo en unos días, si repartiesen la medicina. Lo único que pude saber es que sí disponen del remedio en suficiente cantidad como para hacer desaparecer la plaga.

—¿Estás seguro?

—Estuve en Achen. Allí vi muchas cosas, que me produjeron náuseas. También visité la fortaleza de Arkand. Aquel sitio es peor aún porque allí viven los verdaderos brujos, los que dominan a los magos de Achen. A Arkand no pude acercarme. Sólo la vi de lejos. Resplandecía en la noche, brillante, insolente a las miradas de los viajeros, que se detenían, llenos de pavor ante su presencia.

—Nunca oí hablar de Arkand...

—¿No? —sonrió, con sarcasmo, Zlate—. Es un lugar maravilloso..., y terrorífico a la vez.

—¿Qué hay allí?

—No lo sé con certeza. Ya he dicho que sólo pude ver la fortaleza de lejos. Algo poderoso, que mata, la rodea.

Pasé dos noches en las colinas, observándola. ¿Sabes qué ocurre por las noches? —Sin esperar la respuesta del guerrero, Zlate añadió —: Por dos veces también he visto cómo una luz ascendía hasta el cielo y luego otra bajaba. No hacía ruido alguno, y era tan fuerte como el mismo sol, y volvía opaco el resplandor que surgía de la fortaleza.

»Si alguien es poderoso en este mundo, son los que moran en la fortaleza, nadie más. —Pero los magos de Achen... Zlate soltó una fuerte carcajada.

—Pura fachada. Nada más. Los de Achen son los mensajeros de los seres que habitan Arkand. Sencillamente, sus criados.

—Son poderosos —insistió Antelt.

—Nada de eso. Yo los conozco bien, y puedo asegurártelo.

—Dicen que no mueren, que el acero de las espadas resbala en ellos porque están protegidos por los dioses...

El Ermitaño se levantó, encolerizado. Tiró de una cortina, que tapaba una parte de la habitación, diciendo casi en gritos:

—Eres un zoquete, guerrero. ¿Acaso sabes tú más que yo? Por un momento, había pensado que no eras tan estúpido como los demás. No quisiera equivocarme contigo.

Antelt se levantó también porque detrás de la cortina había algo sobre una repisa, que le cortó la respiración.

Dentro de un frasco de cristal, flotaba una cabeza humana.

El líquido que la mantenía incorrupta era rosado, como si en él se hubiese diluido una parte de la sangre que contuviera el resto humano. Las facciones de la cara estaban crispadas por el dolor, que tal vez debió sufrir al morir. Pero el tiempo no había borrado las señales marcadas en la frente, que todos los magos de Achen usaban.

—Es... es un... —empezó Antelt a articular.

—Sí, termina: es un mago de Achen. Y yo lo maté.

El guerrero miró, sobrecogido, al Ermitaño, quien volvió a sentarse, después de correr nuevamente la cortina, ocultando el macabro trofeo.

—Apenas me instalé aquí, harto de recorrer el mundo, y sólo encontrando en él miseria, ignorancia y temor, se presentó el dueño de esa cabeza. Lo reconocí enseguida, y le ofrecí mi hospitalidad. Después de comer y beber, me dijo que tenía que marcharme, que a los ojos de los magos de Achen no era bien vista mi estancia en lo que ya había bautizado como Casa de Hierro.

»Yo aún conservaba, pese a lo que había descubierto en mis correrías, cierto respeto hacia los magos de Achen. Creo que fue el vino, pero lo cierto es que me turbé, y perdí el control de mí mismo.

»Entonces me percaté que era tan humano como yo, tan vulnerable su carne como la mía. ¿Por qué no impidió que lo matase, si era tan poderoso? Desde entonces, perdí el resto de temor que sentía hacia los magos.

»El muy cochino mago se había perdido en el desierto como un vulgar niño. Aún quería avasallarme, expulsarme de lo que yo estaba convirtiendo en mi hogar.

»A ti, Antelt, ojalá te sirva de algo positivo saber que dentro de las venas de los magos corre una sangre tan roja y tan débil como la nuestra.

Aspiró profundamente el Ermitaño, y agregó:

—Ahora puedes hacer lo que te plazca. Es posible que los granos de «ducre», que tanto trabajo te ha costado encontrar en las montañas, te sirvan para salvar a la persona que amas. O para obtener armas. Es igual. Pero seguirás logrando el mismo resultado. Tu servidumbre hacia los magos permanecerá inalterable. Tú, al igual que todos los miembros de las tribus, continuaréis siendo sus vasallos.

Antelt palideció.

—¿Cómo sabes que llevo conmigo «ducre»? —preguntó al mismo tiempo que tocaba su espada, de la que no se había desprendido para comer.

Zlate hizo un gesto de indiferencia.

—Lo sabía desde que entraste. En un descuido tuyo, miré en el interior de tu saco y descubrí el tarro negro, que sólo es usado para guardar lo que más aprecian los magos de Achen. No temas, que no te lo quitaré. Pero ¿puedes decirme para quién lo necesitas? ¿Qué piensas obtener a cambio de él?

Antelt bajó la mirada.

—Mi compañera, Tastia, se muere de la plaga.

—Lo siento. Debí comprender que debía tratarse de algo semejante, ya que tienes una espada de acero bien templado, del que suelen dar los magos a cambio de «ducre», esclavos.

El guerrero miró a Brukal. Seguía durmiendo, y le envidió un poco. Estaba cansado y deseaba descansar, pero la conversación de Zlate era demasiado subyugante. El viejo aún no le había dicho todo lo que, al parecer, pretendía hacerle entender. ¿Qué más quedaba?

—Tengo que hacerlo, anciano —dijo, abatido, Antelt—. No dispongo de otra alternativa para salvar a Tastia de una muerte horrorosa. Para mí el «ducre» no tiene valor alguno. Y Tastia sí es necesaria para mí.

—¿Tienes hijos de ella?

—Aún no. Y quisiera tenerlos.

—Entonces, debes luchar para que tus hijos se encuentren con un mundo mejor.

—No te comprendo, anciano.

—Lucha. Ya sabes —y señaló las cortinas— que los magos no son invulnerables. Yo, un pobre viejo, acabé con uno de ellos. Su presencia no me ha traído ningún mal, ninguna maldición. ¿Por qué tú, que eres joven y fuerte, no puedes conseguir lo que necesitas de los magos, los que ellos venden a alto precio?

—Sigo sin entenderte. Explícate.

El Ermitaño se levantó. Dijo:

—No podría entrar en más detalles sin producirte un daño irreparable. Las nuevas respuestas debes dártelas tú. Las alcanzarás, si eres digno de ello. Medita. Piensa.

Antelt abatió los hombros, desalentado. Quería comprender al viejo, llegar al fondo de sus palabras pero no podía.

—No tengo por qué luchar para salvar a Tastia. Cuando regrese a la tribu, obtendré la medicina de los magos fácilmente a cambio del «ducre».

El Ermitaño movió la cabeza afirmativamente:

—Sí, es posible que llegues a tiempo y la salves. Ella vivirá y puede que, con el tiempo, te dé un hijo. Pero ¿has pensado que ese hijo puede contraer la plaga también? Entonces tú tendrías de nuevo que salir hacia las montañas. También es posible que ya no seas tan joven y fuerte como ahora y, por el camino, si encuentras el «ducre», te lo roben los bandidos del desierto o cualquier otra persona.

—¿Qué puedo hacer?

Zlate dio una patada a un taburete, que rodó por el suelo metálico. Estaba furioso.

—Sé prudente mientras obtienes la salvación de tu compañera. Luego, lucha. Mata a los magos de Achen, primero, y luego, a los que moran en la fortaleza Arkand.

—No podría, sólo...

—Convince a los hombres de tu tribu, a los de otras. Que te sigan. Cuando seáis muchos y fuertes, nadie será capaz de deteneros.

A los gritos de Zlate se había despertado Brukal, quien sólo había escuchado las últimas palabras, y estaba demudado ante la osadía del Ermitaño.

Se acurrucó más en el rincón sin atreverse a indicar que estaba

despierto.

Antelt inclinó la cabeza, y el anciano movió la suya, desesperado.

—Es imposible —dijo—. Todos sois iguales. El mundo siempre será el mismo, mientras os limitéis a agachar la cabeza. ¡Cobardes!

Ofendido, Antelt se enderezó.

—No soy un cobarde. He matado a alimañas mutantes, a hombres que se atrevieron a desear a mi compañera. También a los que quisieron arrebatarme el «ducre».

—Te creo. Pero te falta el valor suficiente para decidirte a admitir que todos los seres que habitan este mundo son mortales. Hubo un momento que yo también pensaba como tú. Luego comprendí que estaba equivocado, que sufrimos un cruel engaño, gracias al cual sobrevive, en medio de esta desolación, una casta de privilegiados. ¡Cuándo terminará esto, oh, dioses!

Violentemente, el anciano salió de la estancia, para volver a reaparecer enseguida. Parecía estar más calmado y dijo:

—Duerme, guerrero. Quizás el sueño te aclare las ideas. Os despertaré pronto, cuando aún el sol no caliente. Y os daré comida.

Luego, las cortinas de piel de cabra cayeron sobre la enjuta figura.

Brukal se sentó sobre sus piernas, diciendo, exaltado:

—Me entran deseos de dormir en el exterior; este viejo está completamente loco.

Antelt seguía mirando las aún oscilantes cortinas.

—No creo que esté nada loco. Posee ancianidad. Y ésta da sabiduría, incluso a un lerdo.

—Chochea.

—No.

—¿Acaso piensas hacerle caso, y enfrentarte a los magos y brujos? —preguntó, burlón, Brukal.

El guerrero sacó el frasco pintado de negro de su saco de viaje. Mirándolo atentamente respondió:

—Preferiría seguir viviendo en paz. Sólo quiero que Tastia cure, que me ayude a labrar el campo, a preparar la caza que yo consiga, y que me dé el suficiente calor en las noches frías.

—Eso está mejor —replicó Brukal, cubriéndose con unas pieles de cabra gigante. Resopló, y no tardó en dormir de nuevo.

Antelt apagó dos de las tres lámparas de grasa. En su mente bulleron las palabras del anciano por largo tiempo, impidiéndole dormir.

Sintió deseos de saltar del suelo, entrar en el aposento de Zlate y contarle su extraordinaria visión de tarde. Tal vez el Ermitaño pudiese darle alguna explicación a la aparición, confirmarle si la mujer era o no una diosa.

Meditando en esto, el cansancio cerró sus párpados y cayó en profundo sueño.

CAPÍTULO 4

Dos días más tarde de haber dejado la Casa de Hierro de Zlate avistaron el poblado. La comida que les entregó el anciano les duró lo suficiente, e incluso aún tenían un trozo de queso de cabra que Antelt pensaba regalar a Tastia cuando convaleciera de la plaga, tan seguro estaba de la efectividad de la medicina de los magos.

Recordó el guerrero que a la mañana siguiente el anciano salió a despedirles de forma sencilla y amigable, como si su mente hubiese olvidado ya su enfado de la noche anterior.

Antelt le agradeció aquello, en silencio, al mismo tiempo que decidió no relatarle nada de su encuentro con la mujer en el desierto.

Ambos compañeros se sonrieron, a la vista del poblado. De sus cansados miembros surgieron nuevas energías, que les permitieron correr ladera abajo, cruzar el pobre arroyo que pasaba cerca de las chozas y no detenerse hasta llegar a la primera de ellas.

Atardecía, era la hora en que los hombres regresaban con sus escasos resultados de caza, de los campos donde labraban duramente la tierra. Las mujeres les seguían, empujando a los niños.

Antelt sintió el primer aviso cuando se cruzó con un grupo de personas que rehuyeron su mirada, desviándola ostensiblemente hacia otro lado.

—Esto no me gusta nada —dijo a Brukal.

Su compañero también se había dado cuenta. Otras personas llegaban de dirección contraria, y volvieron sobre sus pasos, al verles.

—Tienes razón. No esperaba que nos recibieran con vítores, pero todo esto... —respondió Brukal.

Dos niños salieron de una choza. Detrás apareció una mujer que, al ver a Antelt, se apresuró a meterlos dentro. Por un instante, la mirada de la mujer se cruzó con la del guerrero. En la de ella

apareció un destello de misericordia, de dolor. Enseguida entró, presurosa.

Antelt se detuvo un instante ante la choza. Conocía a aquella mujer porque era buena amiga y vecina de Tastia...

Tastia.

Un presentimiento, lleno de funestos presagios, le asaltó en la mente a Antelt. Sin advertir a su compañero, echó a correr, palpitándole el corazón tan vertiginosamente que parecía quererle salir del pecho.

Brukal abrió la boca, sin entender aquello. Una nube pasó delante de sus ojos, apretó los labios y, por una vez, su mente galopó, ágil, en medio de los pensamientos. Lo que obtuvo en consecuencia no le agradó. Y corrió también.

Antelt llegó hasta su choza, jadeante, ansioso por estar cerca de ella, y al mismo tiempo temiéndolo.

Junto a la entrada estaba un hombre, de edad avanzada, y una mujer excesivamente vieja. Eran Leahj y Plantae.

—Te vi venir, y avisé a Plantae —dijo Leahj, mirando al suelo.

—Antelt... —comenzó a decir la anciana. Pero su voz se quebró, y terminó susurrando palabras incomprensibles.

—Por los dioses, decidme qué os pasa —gritó el guerrero.

Leahj alzó la mirada unos segundos del suelo para decir:

—Tastia...

Antelt no necesitó escuchar más. Como una tromba penetró en la choza, casi tirando al suelo al viejo.

Cuando Brukal llegó, lo hizo a tiempo de oír un desgarrador grito de dolor, que salía del interior. Luego, sollozos como nunca oyó en su vida. Parecían salir de la garganta de una fiera que viera morir a sus crías.

Miró interrogadoramente a los viejos. Leahj le explicó:

—Murió ayer, al anochecer.

—Íbamos a enterrarla esta misma noche —añadió la anciana.

Brukal sintió rabia, una rabia infinita. Ahogado por ella, explicó:

—Antelt consiguió el «ducre».

—Tardó demasiado.

—No pudimos venir antes. Anduvimos de día y de noche por el desierto, soportamos el terrible calor del sol y el frío de las lunas. No perdimos tiempo. El tiempo fue parco con Antelt.

Luego, reaccionando, agregó con voz ronca:

—Antelt estaba seguro de que le sobraban días. La plaga apenas había comenzado en Tastia, cuando salimos. Nunca muere nadie antes de un mes de ser presa de ella. ¿Qué pasó?

Plantae movió la cabeza, compungida.

—He visto mucha gente morir de la plaga. No a todas les afecta por igual. Algunas, incluso se salvan. Yo fui una de ellas. Unos duran meses, mientras que otros apenas resisten una semana. Tastia tenía mala plaga. Es todo.

La mirada de Brukal se desvió hacia la derecha, bajando por la ladera hasta el fondo del valle. Aún brillaban, en el atardecer, las luces del campamento de los magos de Achen.

Como adivinando sus pensamientos, la anciana explicó:

—Leahj y yo, cuando comprendí que a Tastia le quedaba poca vida, fuimos a verlos. Rogamos a los magos que nos dieran la medicina, que ellos tendrían el «ducre» cuando Antelt regresase. Se rieron de nosotros, y nos echaron de mala manera.

—Nos amenazaron con matarnos si volvíamos a molestarles con lo que ellos dijeron eran ruegos estúpidos —concluyó Leahj.

La vieja suspiró.

—Entonces regresé junto a Tastia. La lavé y le puse sus mejores ropas. Al menos, murió preparada. Su cuerpo está perfumado también.

Toda la realidad de la noticia pareció caer sobre Brukal de forma súbita, como un mazazo. Materialmente se derrumbó, quedando sentado en el suelo. Allí, con la mirada baja, se quejó:

—Tantos sufrimientos para nada. Los dioses han sido crueles con Antelt. Se han reído de nosotros, de nuestro cansancio. Hemos matado, pasado hambre y sed. ¿Para qué? —suspiró, y añadió en un hilo de voz—: Ahora comprendo, por qué los miembros de la tribu no querían mirarnos, cuando llegamos.

La noche cayó totalmente. Entonces Antelt salió de su choza. A la luz de la hoguera que había encendido Leahj, pudieron ver cómo los ojos del guerrero estaban enrojecidos.

Algunas personas se habían acercado, en silencio, formando un semicírculo. Ahora ya podían hacerlo porque los momentos de dolor de Antelt habían pasado. A nadie le agradaba presenciar el llanto de un guerrero.

Unos jóvenes se acercaron a Antelt, y le dijeron quedamente:

—Hemos preparado la fosa con mucha leña. Cuando quieras, conduciremos allí a Tastia.

Antelt se revolvió contra ellos. La luz de la fogata dio de lleno en los ojos del guerrero. Los jóvenes retrocedieron, asustados ante el brillo de las pupilas.

Plantae se interpuso, con una agilidad inusitada para sus años. Tomó el brazo de Antelt, y le dijo suavemente:

—Recuerda las normas vitales, hijo. Un cadáver que tenga la plaga debe ser enterrado enseguida.

Antelt se mordió los labios hasta hacérselos sangrar.

Conocía perfectamente las costumbres. Había visto en su vida muchos enterramientos de gente muerta por la plaga. Tastia tenía que ser incinerada en una fosa, y luego cubierta por varios codos de tierra húmeda. Debían respetarse las normas vitales. Pero Antelt pensaba que no podría resistir el olor a carne quemada de su compañera, primero, y luego ver cómo paletadas de sucia tierra caían sobre ella.

Aspiró con fuerza, llenando de aire sus pulmones. Frente a él, Brukal esperaba, con nerviosismo, su reacción. Su compañero parecía querer insuflarle ánimos, con la mirada. Después de cerrar los ojos y abrirlos, Antelt respondió:

—Está bien. La enterraremos ahora mismo. Casi todo el poblado estaba ya congregado, silencioso. Las madres se habían llevado lejos a los niños, para que no perturbasen, con sus ruidos, la solemnidad del momento.

Cuatro hombres acercaron una rústica camilla. Fueron a entrar en la choza, pero Antelt les detuvo con un ademán. Penetró él y salió segundos después llevando en sus brazos a la muerta, envuelta por una tela fina. La depositó, como si se tratase de algo que pudiera romperse con el más ligero golpe, sobre la camilla.

Antelt echó una última mirada a aquel rostro pálido, al que ni siquiera el rojo resplandor de la hoguera podía quitar su blancura. Tastia había sido hermosa, alegre y buena compañera. Antelt se preguntó qué iba a ser de él, a partir de ahora.

Asintió a los hombres que aguardaban. La camilla fue izada después que Plantae cubriese el rostro de la muerta con un trozo de tela blanca.

La comitiva fúnebre se puso en marcha hacia el lugar donde se enterraban los muertos, en una colina cercana. A partir de entonces, todo comenzó a suceder de forma nebulosa para la mente y ojos de Antelt. Como si viviese una pesadilla, observó que la camilla era bajada en una fosa llena de leña. Alelado, presenció cómo varias antorchas caían dentro de la tumba. Las llamas ascendieron enseguida al cielo, crepitando.

Un olor repugnante se extendió, y los seguidores del cortejo se retiraron un poco de la pira. Sólo Antelt se quedó tan cerca de ella que su piel le dolía por el calor. Pero él no se daba cuenta de nada. Miraba sin ver las llamas, respiraba sin notar el aire caliente que penetraba en sus pulmones, y quería pensar, sin llegar a formar en su mente alguna idea con un asomo de cordura.

Como si despertase, vio que la pira ya se había consumido y los hombres procedían a echar tierra en la fosa. Cuando estuvo cubierta, Brukal se le acercó, diciendo:

—Ya nada tenemos que hacer aquí, amigo. Volvamos. Antelt se dejó conducir por Brukal. La gente regresaba al poblado. Una vez terminada la ceremonia, las mujeres pensaban en la comida que aún tenían que preparar aquella noche, y los hombres en que al día siguiente tenían que salir temprano de caza o a los campos de labor.

Para volver al poblado tomaron otro sendero. Brukal se dio pronto cuenta de su error. Debieron haber tomado el anterior camino. Estaban a la vista del campamento de los magos, que relucía en la noche, gracias a su infinidad de hogueras.

Como presintiendo algo, Brukal intentó empujar a Antelt. Fue como si tratase de mover una enorme roca. Antelt estaba pegado al terreno, mirando fijamente las tiendas de campaña, las sombras que se movían entre las hogueras.

—Debes descansar, muchacho —dijo Brukal.

Por unos instantes, Antelt pareció que iba a iniciar el descenso de la colina hasta el campamento. Luego se detuvo y reemprendió el regreso al poblado, ante la alegría de Brukal.

Llegaron hasta la choza de Antelt, y Brukal vio como éste se introducía en ella. No le extrañó que no se despidiera de él. Comprendía que el guerrero estaba demasiado afectado. Se alejó de ella, pensando que al día siguiente Antelt estaría más consolado.

No llegó a ver cómo Antelt no tardaba ni un minuto en volver a

salir de su choza. El poblado ya estaba desierto, las familias, en sus refugios, preparándose para comer lo que hubiera aquel día. Nadie vio, por tanto, que Antelt caminaba con paso decidido, y llevaba en su diestra, fuertemente empuñada, la brillante espada de ancha hoja, de acero de Achen.

Lo que un día procediera de Achen iba a volver a Achen.

Antelt caminaba aprisa, casi ciego. Sólo la tenue luz de las lunas le guiaba. Pronto tuvo a la vista, de nuevo, el campamento de los magos. Entonces sus dientes rechinaron.

Recordó las palabras de Zlate el Ermitaño. «Los magos son hombres, y por sus venas corre una sangre igual a la de cualquier mortal», dijo Zlate. Antelt quería comprobar aquello. Miró su espada y se la imaginó ensangrentada.

Pidió el amparo de los dioses. Se acordó de la mujer del desierto, y también le pidió ayuda. Pero pronto abandonó sus plegarias y echó a correr.

Mientras bajaba las laderas de las colinas, tenía la mirada fija en el campamento, en las figuras que se movía entre las fogatas. Su mano derecha, que sostenía la espada, apenas sentía el peso de ésta. Se le antojaba una pluma, tan liviana se había transformado.

Cuando estaba a unos cincuenta metros, un centinela le salió al paso. Llevaba una corta lanza, que dirigió hacia él, al tiempo que preguntaba:

—¡Quieto! ¿Quién eres que te atreves a venir hasta aquí, de noche? ¿No sabes que está prohibido perturbar el descanso de los magos?

Antelt se detuvo, mirándole con un odio que el otro no vio, a causa de la oscuridad. Luego, lanzando un aullido de guerra, el hombre se abalanzó sobre el centinela. Al mismo tiempo que eludía la lanza, proyectó su espada con todas sus fuerzas contra la cabeza del servidor de los magos, abatiéndole.

Penetró en el campamento. Su llegada coincidió con la salida de las tiendas de varios hombres aún soñolientos. Antelt, ciego de rabia, se abalanzó contra ellos, moviendo como una mortal cuchilla su espada ensangrentada.

A los gritos de dolor y miedo de los magos, acudieron varios esclavos armados. Pero la visión del guerrero, moviendo en todas direcciones su espada, les indujo tal pavor que quedaron

paralizados por unos instantes, tiempo que Antelt aprovechó para atacarlos y acabar con su pequeña resistencia.

En otro momento tal vez el ataque furibundo y temerario de Antelt no hubiera obtenido unos resultados tan satisfactorios para él, ya que los esclavos no se hubieran sentido tan impresionados de su presencia, de su cuerpo semidesnudo, sucio de sangre y de sus ojos cargados de cólera. Sus movimientos felinos y mortales entre las hogueras consiguieron que los esclavos sintiesen más respeto ante aquella aparición de muerte que un posterior castigo de sus amos, los magos, ante tanta cobardía.

Fue como un delirio inusitado el que experimentó Antelt aquella noche que nunca se borraría de su memoria, aunque todo sucediese velado por una densa gasa roja. Veía caer a sus enemigos, los temidos magos de Achen, bajo el impacto de su espada, aullar de dolor y miedo ante la muerte, correr despavoridos hasta que los alcanzaba y daba muerte sin piedad.

El guerrero estaba ciego, turbada su mente. Cuando no vio moverse a ser alguno, se detuvo.

Algunos esclavos habían huido, y tal vez más de un mago.

Se habían perdido en la noche. No podría encontrarles ya. Miró a su alrededor, y contó más de diez cadáveres. Habría otros más, tendidos no lejos. Casi ninguno se movía.

Entonces Antelt experimentó el dolor en sus miembros, el agotamiento que se había ido acumulando en su fuerte cuerpo durante todo aquel trágico día. Dobló las rodillas, utilizando su arma como cayado para terminar de caer al suelo.

Cerró los ojos para mejor descansar, pero no para dormir.

No quería dormir aquella noche. No podría hacerlo. Le sobrecogió un súbito silencio, sólo alterado por el crepitar de las hogueras. En medio de aquél, oyó un lamento. Aguzó el oído, al tiempo que penosamente se levantaba, pensando si sus miembros se habrían transformado en plomo.

Volvió a oír los lamentos. Si era un enemigo moribundo, le atendería. Pasados los primeros instantes, de odio incontrolado, no estaba dispuesto a ver sufrir un ser humano, aunque fuese un asqueroso mago.

Los ruidos procedían de una de las tiendas. Apartó con la punta de la espada la cortina que servía de puerta, y entró.

Dentro, una tenue luz, proporcionada por una lámpara de aceite, le mostró un pequeño bulto en el fondo que se movía.

—Una concubina —silabeó Antelt—. Una concubina de los magos.

Y avanzó, levantando su acero.

Cuando se acercó lo suficiente y su brazo estaba dispuesto a dejar caer la espada, se percató de que la muchacha tenía las muñecas atadas, así como también las piernas por los tobillos. Su rostro miraba al guerrero, lleno de pavor, suplicante.

Antelt dulcificó su hosco gesto. Comprendía que la muchacha no era una enemiga, sino una víctima también de los magos.

El miedo había dejado sin habla a la muchacha, sin duda. O tal vez los magos le habían arrebatado el don de hablar, como se decía que solían hacer con sus esclavas.

Con un pequeño puñal cortó las cuerdas, y la ayudó a levantarse, mirándola atentamente. No pertenecía a ninguna tribu cercana. Y era muy hermosa, casi una niña, pero con cuerpo de mujer. Debían de reservarla para algún personaje importante de Achen o de la fortaleza Arkand.

La sacó de la tienda y entonces oyó el rumor de pasos, de cientos de pisadas que se acercaban.

Antelt volvió a oprimir su espada. En el área iluminada por las hogueras aparecieron varias docenas de personas.

Eran la gente de la tribu de Antelt.

Y el guerrero leyó en sus miradas algo que le desagradó.

CAPÍTULO 5

Si por un momento Antelt pensó que su gente acudía a admirar su matanza, a cerciorarse de la vulnerabilidad de los magos, enseguida comprendió su error.

Había miedo en las mujeres, y miedo y rencor en los hombres. Sus miradas para Antelt eran duras, recriminatoras.

El guerrero se exasperó. Abrió los brazos, como queriendo abarcar con ellos el campamento, y dijo:

—¡Aquí tenéis a los magos, a los invulnerables magos! Yo, Antelt, los he matado, como mataré a todos. Incluso a los brujos que moran en Arkand.

Luego, calló. Miró a los rostros rojos por el fuego. No descubrió en ninguno de ellos un signo de amistad. Por primera vez en su vida, Antelt sintió algo que pensó sería miedo. Si algo no toleraba era enfrentarse a una multitud silenciosa, que parecía estar enjuiciándole por sus actos.

—¡Por qué no decís algo! —gritó—. Un viejo vive en el desierto, en lo que conocemos por la Casa de Hierro. Él me ha dicho que debe llegar el día en que nos levantemos contra los magos, contra su opresión. Si ellos tienen la medicina que nos librará de una vez para siempre de la plaga y no quieren dárnosla, nosotros debemos arrebatársela el secreto. Es hora de que nos pongamos en camino hacia Achen. Levantaremos a todas las tribus, formaremos un gran ejército, que acabará con los magos primero y luego con los brujos. ¡Despertad, hombres!

Antelt paseó la mirada una vez por aquel semicírculo hostil. Descubrió en él a su amigo Brukal y a la anciana Plantae. Un poco más allá, el viejo Leahj también le miraba, si no con odio, sí con indiferencia.

Aquello le hizo comprender que la situación para él era peligrosa. Y volvió a sentir miedo. O asco. Era una sensación inédita

para él.

—Has provocado la ira de los magos de Achen, Antelt —dijo un viejo decrepito, adelantándose un poco y apuntándole con su cayado.

—No es cierto —respondió Antelt—. He dado el primer paso para la liberación...

—Calla, maldito para siempre —volvió a decir el viejo con su voz cascada, dejando entrever sus podridos dientes entre unos labios delgados y secos—. Has traído sobre nosotros la desgracia. Los magos acabarán con la tribu, por lo que has hecho.

—Es posible que lo hagan, si nosotros no actuamos enseguida...

—Nadie hará nada, nadie te seguirá. Antelt empezaba a recobrar su seguridad. Alzó la cabeza y dijo:

—Entonces, me iré. Buscaré hombres que no sean cobardes. Les mostraré mi espada, con sangre de los magos. Con ellos acabaré con Achen, con Arkand.

La multitud se agitó como azotada por un inesperado y fuerte viento. El viejo, el jefe del grupo que gobernaba la tribu, graznó:

—No irás a ningún sitio. Los magos volverán, cuando se alarmen ante la tardanza de sus compañeros. Para entonces debemos tener algo con qué aplacar su justa ira.

Antelt sintió que la muchacha liberada buscaba tras él protección. Indudablemente, también presentía el clima de hostilidad que predominaba en la tribu.

Queriendo mostrar una serenidad que nuevamente empezaba a perder, el guerrero soltó una corta carcajada y dijo:

—Bien. Podéis reunir a vuestras esposas, hermanas e hijas para entregarlas a los magos cuando vengan. Y también lo mejor del ganado, del grano y de los frutos. Con eso se apaciguarán.

—No. No pedirán nada de eso.

Entornando los ojos, Antelt preguntó:

—¿Qué pedirán, entonces?

—A ti.

El guerrero sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ahora ya estaba clara la amenaza, las pretensiones de aquellos hombres y mujeres acobardados. Vio cómo inclinaban sus espaldas para recoger piedras del suelo. No se iban a atrever a enfrentarse a su espada. Querían matarle desde lejos, lapidándole.

Se reconfortó un tanto al ver que sus amigos se alborotaban porque comprendían que estaban en serio peligro. Ellos no estaban completamente en su contra. Tal vez ahora desearan ayudarle, aunque Antelt no comprendía cómo.

Susurró a la muchacha que huyese, que él se enfrentaría a aquellos cobardes. Tuvo que empujarla para que le obedeciera. No pensó Antelt que la muchacha no tenía adónde ir. Ante ella estaba el desierto. Allí moriría. Pero ahora la muerte estaba más cerca en aquella gente encolerizada y asustada.

Oyó los pasos de ella correr. Se volvió un poco, y la vio perderse en la oscuridad, lejos del resplandor de las hogueras.

Entonces cayó la primera piedra a sus pies. El lanzador lo había hecho tímidamente. Pero era lo que necesitaba la masa para decidirse.

Cuando Antelt ya pensaba que inexorablemente estaba cercano su fin, observó, estupefacto, cómo la muralla humana arrojaba sus piedras al suelo, sobre sus propios pies, y lanzaba gritos de espanto, al tiempo que giraba sobre sus talones y huía de forma aparatosa, atropellándose unos a otros.

El guerrero no comprendía nada. En unos segundos volvió a quedarse solo, rodeado de fogatas y de cadáveres de magos. Entonces, al volverse, él también estuvo a punto de gritar de pánico.

Junto a una de las tiendas, una aparición fantasmagórica vibraba en forma semitransparente.

Las emociones del día, el cansancio y el miedo que se habían apoderado de todo su ser, influyeron en Antelt para que sus rodillas se doblaran y cayera al suelo, abandonando su espada.

Había cerrado los ojos, y cuando los volvió a abrir lo hizo temiendo que iba a enfrentarse a los vengadores magos o a los fantasmas de los muertos por él. Toda su seguridad, las palabras de Zlate y la prueba palpable que le rodeaba y demostraba la mortalidad de los magos, se esfumaron. Pero todo volvió a él cuando comprobó que la aparición era la mujer del desierto.

Con ansiedad, Antelt quiso averiguar rápidamente a la luz del fuego si la expresión de la mujer, diosa o lo que fuera, era amistosa para él o, por el contrario, presagiaba una fulminante venganza.

—Eres la misma del desierto —musitó Antelt—. La misma.

Entonces la mujer hizo un movimiento con la cabeza que parecía un asentimiento, y mostró su sonrisa.

Antelt pensó en incorporarse, pero decidió seguir postrado. Tal vez aquella humilde actitud complaciera a la diosa.

Ya no tenía la mujer un cuerpo transparente, a través del cual se veían tiendas y hogueras. Parecía tan real como si estuviese con él corporalmente. Antelt reprimió sus impulsos de adelantar la mano y tocarla. Quizá si lo hiciera un rayo mortal se abatiera sobre él.

—Dime, mujer, ¿eres una diosa? ¿Qué quieres de mi persona?

Los hermosos labios se movieron como si hablasen; pero ningún sonido llegó al guerrero. ¿Acaso los dioses hablaban en un idioma que los humanos no podían captar? Antelt estaba seguro de que algo de eso debía ser. En el desierto la mujer también pareció querer hablarle. Entonces la aparición no fue tan perfecta como ahora.

—He matado a los magos de Achen —dijo Antelt. No sabía si la diosa ya lo sabía o no; pero se encontró en la obligación de contarle todo. Con escuetas palabras, y doloridas, relató lo sucedido. Terminó diciendo—: Me cegó la furia. Cuando mi compañera Tastia sólo era un cuerpo frío, me dominó la ira. Los magos eran los culpables de su muerte. Zlate me dijo, me aseguró, que son mortales. Decidí acabar con ellos. Y lo hice. —Antelt sintió que se le erizaba la piel, al notar un gesto de disconformidad en la mujer. Se apresuró a disculparse—: Los hombres de Achen son malos. Pueden curar, y no lo hacen, si no es pagando altamente su medicina. Dime, ¿tú no apruebas mi proceder?

El guerrero se preguntaba si la mujer le escuchaba o no, si comprendía el idioma de los mortales. Se confundió enormemente cuando ella movió primero la cabeza de forma afirmativa y luego negativamente. ¿Qué quería decir? ¿Acaso que le disculpaba, pero no totalmente?

La mujer abrió los brazos. Antelt entendió, claramente, que ella intentaba comunicarse con él por señas.

—¿Quieres saber qué haré? —ella asintió, y Antelt añadió—: Iré a Achen. ¿No sabes qué es Achen? Es el valle donde viven los magos, que son los servidores de los brujos de Arkand.

La aparición movió vigorosamente la cabeza. Antelt se sintió de súbito muy triste, porque la diosa no aprobaba sus proyectos.

—¿Qué puedo hacer, entonces? —preguntó, lleno de congoja.

Ella pareció estudiar dónde se encontraba. Después de orientarse, señaló con su diestra al norte.

—¿Quieres que vaya al norte? —preguntó, incrédulo, Antelt. No se atrevió a decir que aquélla era la misma dirección que él hubiera empleado para ir hasta Achen.

La mujer asintió. A continuación hizo unos movimientos con las manos, parodiando la salida del Sol. Le apremiaba para que se pusiera en marcha cuanto antes. No debía perder allí más el tiempo. Los hombres de su tribu podían volver.

El guerrero se incorporó y empezó a caminar. La figura se movió al mismo tiempo que él. Antelt se dio cuenta de que la mujer no movía las piernas ni sus pies tocaban el suelo. Ella volvió a señalarle el norte, e hizo unos gestos que Antelt interpretó como una despedida, como un hasta luego.

Después, de forma más rápida a como apareció, la diosa, la mujer, lo que fuese aquel ente, dejó de estar en el sitio que ocupaba un parpadeo antes.

Este nuevo hecho inexplicable para Antelt no le produjo la misma sorpresa e inquietud que las veces anteriores. Continuó su camino. Al alejarse del campamento, divisó, no lejos, a la muchacha.

Ella, al distinguirle a la luz de las lunas, se dirigió hacia él, deteniéndose con viva aprensión pintada en su rostro, a unos metros.

Antelt intentó sonreírle, y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Berbar —musitó la respuesta.

—¿De dónde vienes?

Berbar titubeó en responder:

—Del sur.

—¿Cómo es que los magos te tenían prisionera?

—El jefe de mi tribu enfermó de la plaga. Como no tenían «ducre» ni medio alguno de conseguirlo, me ofrecieron a los magos, que aceptaron.

Antelt acarició los cabellos de la muchacha. Dudó en preguntar:

—¿Te tocaron?

Berbar negó con la cabeza.

—No. Quien parecía ser su jefe convenció a los demás para llevarme hasta Arkand.

El guerrero asintió. La muchacha era muy hermosa. Si se trataba de una virgen, los brujos de Arkand agradecerían a sus siervos el presente. Apenas debía de tener diecisiete o dieciocho años.

—Debes venir conmigo —dijo Antelt. No sabía qué podía hacer con ella. Sólo iba a servirle de estorbo; pero no podía dejarla allí, para que cayese en poder de su tribu. Entonces sería entregada a los magos cuando regresasen. Se acordó de Zlate y su Casa de Hierro. Las tribus respetaban al Ermitaño. Tal vez Zlate aceptase cuidarla, por algún tiempo. No tenía por qué preocuparse de él, ya que Zlate era viejo, y las pasiones habían desaparecido de su cuerpo hacía tiempo. Tuvo que repetir:

—Ven; no debes quedarte aquí. Mañana por la noche llegaremos hasta la Casa de Hierro de Zlate el Ermitaño. Antes de emprender la marcha, Antelt vio que la muchacha en su huida, había tenido el buen sentido de recoger del campamento un odre de agua y una bolsa con vino. Al parecer, no tenía nada de tonta.

Estuvieron caminando hasta casi la salida del sol. Berbar iba tras Antelt, y éste prefería no mirar para atrás porque temía ver el desfallecimiento de la joven. Debían poner la mayor distancia posible entre ellos y la tribu. No era probable que les siguieran, pero no estaba de más adoptar precauciones.

Cuando el sol estuvo lo suficiente alto y el calor comenzaba a hacerse insoportable, Antelt indicó a Berbar unas rocas que proporcionaban una acogedora sombra.

Berbar se derrumbó materialmente en la arena, agotada. Antelt tomó el odre y vertió en los resecos labios de la muchacha unas gotas de agua. Luego, bebió él. El agua estaba caliente. Tomaron unos frutos y durmieron.

Antelt se despertó varias veces, sobreponiéndose al cansancio. Estaba inquieto porque pensaba que tal vez la diosa podía volver a aparecer. Pero el Sol continuó su arcado camino en el firmamento. Terminó alcanzando el otro horizonte, y Antelt pensó, desilusionado, que posiblemente la diosa ya se había olvidado de él. Luego, más animado, se dijo que habían transcurrido tres días desde la primera vez que la vio para que volviera a aparecerse en el campamento de los magos, y de forma afortunada, por supuesto. Su

intervención le salvó de morir lapidado.

Aquel recuerdo le hizo torcer el gesto. Sintió odio por su tribu. Eran unos cobardes. A su mente acudieron Brukal, Plantae y Leahj. Ellos no parecían estar conformes con lo que intentaron hacer los demás, pero tampoco fueron lo suficiente valientes como para atreverse a persuadirlos.

Antelt se sintió solo. Paladeaba el amargo sabor del desfallecimiento. Estaba decidido a ir a Achen, a morir matando, si era preciso, y decidió sobreponerse, recuperar su moral, mermada por el abandono de su tribu.

Cuando el calor fue mitigado por el ocaso del sol, despertó a la muchacha. Volvieron a beber agua. Por el camino comieron el resto de la fruta.

Antelt tenía que desviarse un poco de la ruta del norte para alcanzar la Casa de Hierro. Llegarían a ella, avanzada la noche, mucho más pronto que cuando regresaron de allí al poblado, ya que entonces eligieron un camino más largo, pero seguro, para evitar un posible encuentro con los bandidos.

Las lunas estaban empezando a ascender cuando divisaron la estructura horrible y metálica que servía de morada al viejo Zlate.

Lo encontraron sentado en la puerta, cosiendo una vieja camisa de lana. Se levantó, al verlos llegar. Tomó la lámpara que colgaba del techo, y con ella iluminó a los recién llegados, musitando:

—Antelt —luego, miró a la muchacha, pero fingió ignorarla—. Presumía que ibas a regresar pronto, muchacho.

—¿Por qué?

—Luego, luego —Zlate indicó la entrada—. Primero comeréis algo, y luego me dirás qué ha pasado. Has cambiado de acompañante, y te felicito por ello. Un miedoso compañero por una hermosa joven es siempre buen cambio. Si no te ayuda en la batalla, sí puede servirte de consuelo.

Antelt empujó al interior a la indecisa Berbar. Cuando ella se volvió para preguntarle en silencio con la mirada, el guerrero le sonrió.

CAPÍTULO 6

—¿Duerme? —preguntó Zlate, cuando Antelt regresó del interior de la casa.

El guerrero asintió, sentándose frente al anciano. Entonces, éste, después de terminar de recoger los platos, dijo:

—Cuéntamelo ahora todo, muchacho.

Antelt no se hizo esperar. De la forma más concisa que pudo, relató al Ermitaño lo acontecido en el poblado, la muerte de su compañera, cómo había matado a los magos y, por último, su huida de allí, después de que la tribu intentó matarle. Al llegar a tal punto, no dudó en contar que la aparición de la diosa le había salvado de morir bajo la lluvia de piedras de los fanáticos.

El guerrero estudió atentamente las facciones de Zlate, esperando apreciar en éstas algún gesto de incredulidad. Por el contrario a lo que había esperado y temido Antelt, el viejo no demostró ningún signo de no creer sus palabras. Se limitó a entornar los ojos y decir:

—Yo también vi a la diosa cuando buscaba un lugar donde terminar mis días en paz, muchacho. Se me apareció en el desierto, como a ti, la primera vez. Tal vez fui más cobarde que tú, pero lo cierto es que escondí mi mirada durante mucho rato. Cuando me atreví a mirar, la diosa había desaparecido. Debí de estimarme como un cobarde y sentir tal asco por mi comportamiento, que nunca más la volví a ver. Pero no era como tú dices. Mi aparición tenía los cabellos negros como la noche, y no rubios como el sol de tu diosa, Antelt. Solamente coincidimos en afirmar que vestían de negro y brillante plata.

—Nunca me contaste tal cosa, viejo —musitó Antelt.

—No se lo conté a nadie, porque temí que me tomaran por más loco de lo que algunos pensaban ya —sonrió y agregó—: Tampoco tú me dijiste nada la primera vez que se te apareció la diosa,

muchacho.

—Es cierto. También pensé como tú.

Zlate movió la cabeza dubitativamente.

—Sin embargo, a ti la diosa se te ha aparecido dos veces. Y la segunda vez te salvó la vida. Es importante. Parece que cuentas con su protección —suspiró—. Ya has probado en tu acero que de la carne de los magos mana una sangre igual a la nuestra, que son mortales. Me temo que estás pensando que si los de Achen son humanos, también deben serlo los de Arkand, ¿no?

Antelt asintió.

—De acuerdo, muchacho —dijo el viejo—. Nadie ni nada será capaz de frenar tus ímpetus. Debes enfrentarte con tu destino, hacerle muestras de valor a los acontecimientos venideros. Pero hubiera sido mejor que los hombres de tu tribu te hubieran seguido.

—Son unos cobardes.

—No los juzgues prematuramente. Para ellos, la impresión, al ver muertos a los magos, fue demasiado grande.

—Cuando llegué, dijiste que esperabas mi regreso. ¿Por qué?

—La soledad hace pensar a uno profundamente. Recordé las situaciones, lo que pasaría si no llegabas a tiempo para salvar a Tastia y... Bueno, no me equivoqué. Pero creí que los tuyos no iban a abandonarte. Ni tampoco sabía, por supuesto, lo de la aparición de la diosa.

—Necesito tus consejos, Ermitaño.

—Serán pobres los que puedo darte, pero podrán serte de alguna utilidad. Lo difícil, Antelt, será entrar en Achen. Necesitas un pretexto.

—No comprendo...

—Si los magos te permiten entrar, te será sencillo tomar una posición tan ventajosa para causarles el mayor daño posible... y escapar. No es preciso morir; es mejor salir ileso.

—Desde luego.

—Entonces, precisas de una argucia. ¿Conservas el «ducre»?

Por primera vez, desde que huyó de la tribu, Antelt recordó el frasquito negro con el preciado contenido. Quedó, como todas sus pertenencias, en su choza, junto al lecho que ocupara Tastia.

—No. Ya no lo tengo.

—Es una lástima. Hubieras podido ir a Achen, diciendo que

pretendías cambiar el «ducre» por armas de buen acero. Pero aún tienes a la muchacha...

Antelt echó la cabeza hacia atrás. Le molestaba aquella sugerencia.

—Ella, no. Ya escapó una vez y yo la salvé.

—Me agrada que digas eso -sonrió Zlate. Yo te daré el medio de entrar en Achen.

Zlate introdujo su diestra en su raída camisa, y extrajo una pequeña botella, que entregó a Antelt. El guerrero la sopesó, y no dudó en decir:

—Es «ducre».

—Sí. Un caminante, herido, me la dio, hace muchos años. Yo la conservaba, pensando que algún día me sería de utilidad. Nunca la he necesitado hasta hoy. Ya es útil.

Antelt miró torvamente a Zlate, pensando cuándo el viejo dejaría de sorprenderle. Nunca pensó que el Ermitaño guardase en su mohosa vivienda un tesoro tan inapreciable como aquella cantidad, mucho mayor que la conseguida por él, de «ducre». De haberlo sabido, muchos caminantes, que siempre buscaban su hospitalidad, hubiesen hecho cualquier cosa para apoderarse de la botellita.

—No sé cómo agradeceréte.

—Su antiguo dueño también me dejó otra cosa. Ésta.

De nuevo la mano del viejo buscó en el interior de su camisa. Ahora la sacó con una cosa metálica, que hizo arrugar el ceño de Antelt. Parecía la empuñadura de una espada. En lugar de una larga y ancha hoja, tenía una especie de punzón metálico, que terminaba en una bola de cristal. Antelt dejó de mirarla para mostrar su completa disconformidad ante aquello a Zlate.

—No sirve ni como un puñal para matar un conejo —dijo.

El Ermitaño rió, divertido. Se levantó y señaló la salida a Antelt, diciendo:

—Ven. No puedo hacerte una demostración aquí dentro.

Antelt siguió al viejo al exterior. Las lunas alumbraban decorosamente el paisaje. Zlate señaló una puntiaguda roca, que se levantaba a unos cien metros de ellos.

—¿Ves aquello? —preguntó. Cuando Antelt asintió, el viejo levantó su mano, que apretaba fuertemente el extraño artilugio

metálico, dirigiendo su esférica boca hacia la roca.

El guerrero observaba, escéptico, todo aquello. No comprendía nada. Pero cuando el índice de Zlate se curvó sobre una parte del metal, y de éste surgió un cegador rayo de luz, de calor, y la roca se abrió, en medio de una nube roja, Antelt pensó que los dioses estaban empezando a desencadenar su furia sobre los mortales.

Zlate se volvió, contento, hacia el guerrero, diciendo:

—Con ella, y en el momento oportuno, podrás vencer más fácilmente a los magos de Achen. Y si eres inteligente, también podrás con los moradores de Arkand.

—Es el poder de los dioses de la guerra...

—No seas tonto. No sé de quién es el poder, pero sí puedo asegurarte que se trata de algo construido por los hombres. No por ninguno de este mundo, sino por otros más inteligentes que nosotros, que los brujos y los magos, y casi tanto como los dioses. Toma.

Antelt miró, horrorizado, el arma, temiendo que su fuego abrasador fuera a quemarle las manos, al tocarla. Pero Zlate le sonrió, animándole.

—Tómala sin temor alguno. Debes acostumbrarte esta misma noche a valerte de ella, a pensar que no se trata de tu enemiga, sino de tu más eficaz colaboradora. ¿Quién no soñó en poder aniquilar a sus enemigos a distancia, sin riesgo de ser herido?

El guerrero tuvo que echar mano de todo su valor para vencer el miedo que le embargaba. Cuando sus dedos tocaron el metal, se asombró al notarlo frío. Había pensado en que ardería con todo el poder de los infiernos. Aquello le envalentonó. Con la ayuda de Zlate, colocó los dedos adecuadamente. Luego, el viejo le explicó lo que tenía que hacer para hacerla funcionar.

—Apunta donde quieras. Mejor, elige un blanco grande. Aquellas rocas, por ejemplo. Antes que termine la noche, te apuesto le que quieras que serás un consumado tirador.

Antelt alzó el brazo, y no pudo evitar cerrar los ojos unos segundos, cuando su índice se curvó sobre el disparador. Apenas sintió una ligera sacudida en el miembro. Miró y comprobó que una buena parte de la roca presentaba un considerable boquete, saliendo de ella un acre humo, y cayendo por su ladera algo de lava.

—Muy bien, muchacho —asintió, complacido, el viejo—. Has hecho lo más difícil: vencer muchos años de prejuicios. Ahora, todo será más fácil.

Y el Ermitaño observó el rostro del guerrero, cada vez más sonriente. Su mano armada ya no tenía el ligero temblor; empuñaba la pistola con decisión.

Antelt volvió a levantar el brazo, dispuesto a dominar completamente aquella novísima técnica de la guerra. Se sentía pletórico de orgullo y poder, capaz de enfrentarse a todos los magos y brujos del mundo.

CAPÍTULO 7

Zlate fue generoso con ellos, antes de partir. Les dio comida y abundante agua. Tendrían suficiente para terminar de cruzar el desierto. El Ermitaño les recordó que debían rehuir las ciudades prohibidas, pues en ellas sólo encontrarían focos de la plaga o refugios de bandidos. Era más seguro el desierto, pese a las alimañas que pululaban en él.

Hasta que perdieron de vista la Casa de Hierro, el viejo estuvo junto a la puerta, saludándoles. Antelt agitó el brazo, pensando si volvería a ver a Zlate de nuevo. Luego tomó de la mano a Berbar, y la obligó a apresurar el paso.

Al guerrero le hubiera gustado haber dejado a la muchacha, pero ella se negó, y Zlate, sonriendo, dijo que una mujer, a su edad, perturbaría su austero sistema de vida. Y los viajeros a los que solía dar hospitalidad se extrañarían de su presencia en la Casa de Hierro.

Antelt no tuvo otra alternativa que llevársela. Estuvo de mal humor toda la jornada, imaginándose que Berbar sería un estorbo, cuando llegase el momento de luchar.

Pero la muchacha era fuerte, y soportaba bien las jornadas de marcha. Luego, al llegar la noche, además de preparar algo caliente de comer, hizo comprender al guerrero que ella podía proporcionarle un calor más agradable que el de las fogatas.

Antelt terminó agradeciéndole su compañía porque de su mente le hacía apartar los amargos recuerdos de la pérdida de su compañera Tastia.

Cruzaron el desierto sin apenas incidentes. Una vez, avistaron desde lejos un grupo de bandidos. Antelt estuvo tentado a hacerles frente con el arma, pero se contuvo, y rehuyó su encuentro. Sin embargo, unos días después, tuvo ocasión de probar el poder de ésta.

Ocurrió al atardecer. El desierto estaba acabando. Alguna vegetación empezaba a surgir. La alegría de la pareja quedó cortada en seco cuando vieron aparecer una manada de hambrientos lobos.

Berbar quiso protegerse detrás del guerrero, ahogando sus gritos de terror. Antelt también sintió miedo, y estaba sacando su espada para defenderse cuando recordó la pistola. No sin cierto nerviosismo, la extrajo del interior de su bolsa de viaje.

Ante la mirada asombrada de la muchacha, que nada sabía de la existencia de la fabulosa arma, disparó contra los primeros lobos que corrían hacia ellos.

Una pequeña explosión de fuego en medio de las bestias, un denso olor a carne quemada y el resto de la manada, empavorecida, huyó.

Antelt necesitó de toda persuasión para que Berbar comprendiese que lo sucedido había sido obra de él. Cuando consiguió tranquilizarla, intentó explicarle con palabras sencillas que el poder del arma se debía a algo que contenía en su interior, que había sido construida por hombres mucho más inteligentes que ellos. Para no confundirla más, omitió lo que le insinuó Zlate: que el arma procedía de las estrellas.

Aquel día buscaron pronto un lugar donde pasar la noche. Y Antelt notó en Berbar más amor que nunca. La muchacha se sentía protegida a su lado.

Cinco jornadas más tarde se toparon con un camino practicado en un rico valle, por infinitos pasos de ruedas de carromatos.

Estaban en Achen. Antelt recordó las instrucciones del Ermitaño. Si no había cometido ningún error en la ruta, en pocas horas estaría junto a las viviendas de los magos. Y más allá estaba Arkand. La misteriosa Arkand, que en la noche, según contaba Zlate, relucía como si un millón de grandes hogueras la alumbrasen, y en donde luces ascendían al cielo y caían en él.

—No debemos apartarnos de este sendero, Berbar, pero tampoco caminar por él —dijo el guerrero a la muchacha.

Ella asintió en silencio, sonriéndole. No parecía importarle el lugar adónde iban. Al lado de Antelt ya no temía nada.

Apenas llevaban un rato caminando junto al sendero, siempre buscando ocultarse tras los árboles, cuando oyeron ruido procedente de sus espaldas. Se agacharon y pronto vieron pasar

delante de ellos media docena de carromatos pesados, arrastrados por gigantescos caballos, producto de la mutación ocurrida posteriormente a los Días Negros. Nadie se atrevía a utilizarlos; pero los de Achen no dudaban en aprovecharse de su poderosa fuerza para arrastrar sus grandes carromatos.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Antelt se incorporó, y dijo:

—Deben de venir de saquear alguna tribu. Tal vez dentro de esos carros lleven doncellas, comida y algo de «ducre». Marchan a Achen a disfrutar de su rapiña. Ven, Berbar, no debemos perderlos de vista.

Iniciaron la marcha tras las huellas de los carros, que se habían adelantado lo suficiente como para que ya no pudieran verlos.

De súbito, Antelt detuvo a Berbar. Un carro de Achen estaba detenido al otro lado de un recodo del sendero. Un mago, con su largo hábito pardo, soltaba una sarta de maldiciones ante la situación en que se encontraba el carro, mientras que otro rastreaba las cercanías, buscando entre los árboles.

No se veían los demás carros. Indudablemente, habían proseguido su marcha. Pero ya no había tiempo de ocultarse. El mago más cercano a ellos ya les había visto. Parecía estar bastante asombrado. El otro regresaba, cargado de un grueso tronco.

—¿Quién eres? —preguntó el mago a Antelt, mientras extraía su larga espada. Luego, su mirada se posó en Berbar, y sus ojos chispearon, codiciosos.

Antelt no respondió. Pensaba qué podía ser más prudente hacer en aquellas circunstancias. El segundo mago tiró el tronco, y preguntó a su compañero:

—¿Qué sucede, Trhul?

—No sé. Nunca se atrevieron a llegar hasta aquí los tribales.

—Yo les interrogaré.

—Ten cuidado, Kgranda. El hombre está armado.

El llamado Kgranda sonrió torvamente, y empuñó su larga espada. Antelt aún no había desenfundado la suya, y el mago debía pensar que antes de que el guerrero comenzara la menor intención de hacerlo, él podía atravesarlo, sin el menor riesgo.

—Dime de dónde procedes, hombre. ¿Acaso ignoras que estás en Achen, los valles de los magos?

El silencio de Antelt debió de ser interpretado por los magos como una demostración de miedo ante ellos. Kgranda se envalentonó y, como su compañero, no ocultó su interés por Berbar, diciendo:

—De todas formas, te agradecemos tu presente. Porque debemos suponer que esta muchacha es un regalo para los magos de Achen, ¿no es cierto? Te daremos algo por ella, y olvidaremos que te has atrevido a venir hasta estos dominios prohibidos.

Trhul rió la ironía de su compañero. Éste, decidido, tomó a Berbar por la muñeca. La muchacha chilló, y Antelt aprovechó el desconcierto del mago para golpearle. Trompicando, Kgranda tropezó con Trhul, y el guerrero tuvo tiempo para extraer su espada con la mano derecha y con la otra empuñar la pistola.

Con agilidad, los dos magos se separaron y apuntaron con las agudas puntas de sus armas a Antelt. El golpeado dijo, rabioso:

—Te arrepentirás. Ya no te irás vivo y con algunas baratijas. Esto lo vas a pagar muy caro.

Ambos atacaron al mismo tiempo, y Antelt tuvo que usar todo su ingenio y habilidad como guerrero para contener el ataque. Los magos comprendieron que se enfrentaban con un experto luchador, y se abrieron más. Antelt sabía que no iba a poder eludir el próximo ataque.

Mientras contenía a uno de los enemigos con la espada, apuntó al otro con la pistola. Aún se reía el mago, ante la presencia del extraño artefacto de acero. Pero su hilaridad se trocó en horror, cuando comprendió de qué se trataba. Esto ocurrió un segundo antes de que Antelt apretase el disparador.

El otro chilló, lleno de pavor; cuando comprendió que estaba perdido, soltó su espada y echó a correr sendero adelante, en pos de las carretas de sus compañeros.

Antelt comprendió el peligro que les supondría que enseguida los magos de Achen supiesen de su presencia, y que poseía un arma mortal. Se pasó la pistola a la mano derecha y lentamente la alzó, apuntando cuidadosamente hacia el fugitivo. Su certero disparo lo puso fuera de combate.

El guerrero miraba, extasiado, el arma cuando Berbar llegó a su lado. En sus ojos no había ya miedo, sino admiración hacia su compañero.

—Posees el poder de los dioses, Antelt. —No. Es el poder de los hombres. Se volvió para mirar la carreta. La rueda derecha estaba metida en un profundo hoyo. Ni siquiera él podría sacarla de aquel atasco. Era una verdadera lástima, porque aquel vehículo hubiera sido un estupendo instrumento para introducirse en el poblado de los magos.

Antelt empezaba a forjar un atrevido plan, pero que gracias a su audacia y sorpresa podía darle un eficaz resultado. Miró dentro de la carreta. Estaba llena de comida, pieles y otras cosas arrebatadas a las tribus del este. También había varias túnicas pardas y se las enseñó a Berbar, diciendo:

—Lástima. Me hubieran servido para hacerme pasar por uno de ellos, de poder sacar este carro de aquí.

—Aún puedes hacerlo, Antelt.

Aunque la voz le era familiar, Antelt sabía que estaba en territorio enemigo, y que sólo enemigos podía encontrar allí. Así pues, se quedó de una pieza cuando de entre los árboles empezaron a salir hombres de su tribu. Y Brukal, que era quien habló, iba al frente de ellos.

Plantándose frente a su amigo, sonriente, dijo Brukal muy serio:

—Lo pensamos mejor, Antelt. Anduvimos tras de ti hasta que se me ocurrió ir a preguntar al Ermitaño. Si alguno de nosotros aún teníamos nuestras dudas Zlate nos largó un sermón, que nos terminó por convencer.

Aún sin salir de su asombro, Antelt preguntó:

—¿Qué os dijo?

—Solamente nos confirmó lo que nosotros comprobamos con nuestros propios ojos, al amanecer, en el campamento de los magos que destruiste. Si un hombre solo, tú, era capaz de matar a varios, un grupo como el nuestro bien podía acabar para siempre con todo Achen. Por el camino se nos unieron varias partidas, que logramos convencer. Y desde los árboles, todos hemos visto como Zlate no mintió, al asegurarnos que él te había dado el poder de los dioses.

Antelt no terminaba de dar crédito a lo que escuchaba. Empezó a sonreír. Abrazó a Brukal, y le dijo:

—Ahora sí podemos sacar este carro del boquete. Ahora estoy seguro de que esta misma noche Achen arderá por los cuatro costados.

Y luego pasó su mirada esperanzada por el numeroso grupo de hombres armados, decididos a todo.

CAPÍTULO 8

Junto a la puerta del recinto fortificado por una alta empalizada de madera, un mago se calentaba junto a la hoguera. A su lado, dos guardianes armados terminaban de vaciar los cuencos con la comida. Bebieron vino de unos pellejos, y uno de ellos dijo al hombre que vestía túnica parda:

—Se acerca una carreta, señor.

—Ya era hora. Debe tratarse de Trhul y Kgranda. No sé por qué demonios se retrasaron. El Gran Mago me ordenó que les esperase junto a la entrada —graznó el hombre vestido de color pardo. Seguramente mañana, porque hoy ya es tarde, recibirán un adecuado castigo a su tardanza, si no dan una explicación convincente que justifique su retraso.

Se pusieron todos de pie y miraron hacia el camino. Prácticamente, era imposible ver nada, con las lunas ocultas tras espesas nubes. Sólo escuchaban el pesado chirriar de las ruedas de madera.

Uno de los guardias tomó una antorcha, y la prendió en la hoguera, adelantándose unos metros con una lanza inclinada.

Pronto estuvo la carreta delante de ellos. Sin disimular su enojo, el mago caminó hacia ella. Mientras, el otro guardia retrocedía para empujar las puertas de la entrada.

En el pescante de la carreta iba un mago. Cubría su cabeza con la capucha, que ocultaba casi la totalidad de su rostro.

—¿Qué os pasó? —preguntó de mal talante, el mago—. Nuestro amo está furioso con vosotros. Precisamente en esta carreta vienen algunos presentes exclusivos para él. Por suerte para vuestras cabezas, las mujeres llegaron en otras. De todas formas, dormiréis en la celda de castigo, y mañana...

El mago calló porque presentía que algo iba mal allí.

—¿Eres Trhul? —preguntó—. ¿Dónde está Kgranda?

El encapuchado señaló hacia el interior de la carreta. Con voz opaca dijo:

—No está bien. Tuvimos dificultades.

—¿Qué tiene Kgranda?

—Míralo tú.

Ante la indiferencia del guardia, el mago subió al interior oscuro de la carreta. Apenas introdujo la cabeza, unas férreas manos le agarraron de la túnica y tiraron de él. Antes que el mago pudiera gritar, varios aceros le interrumpieron las exclamaciones de socorro que tenía intención de soltar.

Brukal, una vez hubieron terminado con el mago, susurró al conductor de la carretera:

—Listo, Antelt.

Entonces el guerrero saltó sobre el descuidado guardia, atacándole de improviso con su arma. El infeliz caía al suelo cuando su compañero empezaba a correr hacia ellos desde la puerta. Pero ya varios hombres habían saltado de la carreta, arrojándole cortas lanzas, que dieron en el blanco.

—Todo ha salido bien —dijo Antelt. Brukal acudió a su lado, y le dijo—: Puedes regresar, junto con el resto. Deja solo unos hombres fuera, para que nos cubran una posible retirada. Yo iré con la carreta y los demás, al interior. Creo que al fondo del recinto están las habitaciones de los magos más importantes. Los guardianes deben de tener sus cuarteles cerca de las cuadras. Así pues, como acordamos, Brukal, deberéis impedir que éstos salgan de allí. Creo que cuando vean que liquidamos a sus amos, estos cobardes no nos opondrán demasiada resistencia.

Brukal titubeó un poco. Parecía marcharse, pero se volvió y dijo, suplicante, a su amigo:

—Desiste de tu idea primitiva, por favor. Podemos vencer, aunque ataquemos directamente.

—No. Es preciso que yo entre donde estén los magos. Esta túnica me podrá servir. Recuerda, Brukal, que la señal para el ataque será un disparo efectuado con mi arma.

El hombre asintió, no muy convencido a ejecutar las órdenes.

Antelt volvió a tomar las bridas de los caballos imitantes, y los obligó a entrar en el recinto. Se volvió una vez más para asegurarse de que, en el interior, las dos docenas de hombres que se escondían

entre los fardos, producto de la rapiña entre las tribus, estaban bien ocultos.

La carreta, tirada por los poderosos caballos, recorrió lentamente una polvorienta vereda. Algunas hogueras iluminaban distintos puntos. Antelt distinguió algunas sombras sobre la empalizada del fondo. Sin duda, centinelas.

Frente a él vio una construcción más sólida y grande que las demás. Un mago parecía dormir junto a la entrada. A su lado, caída, tenía una botella completamente vacía. Del interior surgían voces fuertes y risas.

El guerrero apretó los dientes. Hubiera preferido encontrarse a la mayoría de los magos durmiendo, después de la fiesta que sin duda debían haber organizado para celebrar el regreso de las carretas con el botín.

Detuvo la carreta al pie de unos escalones que conducían hasta la puerta. El mago se movió y pareció mirarle con cansados ojos.

—Ah, ya has llegado —dijo con estrepitosa voz. Con indudable trabajo, se incorporó—. Buena te espera, compañero.

—No sé qué dices, amigo —replicó Antelt.

Encima de la puerta había una lámpara de aceite. A su luz, el vigilante escrutó el rostro de Antelt. Con cierto asombro, dijo:

—No eres Kgranda, ni Trhul. No te conozco.

Antelt le explicó que procedía del lugar donde estaba enclavada su tribu.

—Es cierto. Allí se envió hace tiempo un grupo —asintió el mago. Se pasó la mano por el rostro. Estaba tan borracho, que difícilmente se podía mantener en pie—. ¿Por qué no regresaron todos?

—Yo me he adelantado porque traigo algo importante para el Gran Mago.

—¿Sí? ¿Qué es?

El guerrero metió la mano dentro de su túnica, y sacó el frasco que Zlate le entregaba.

—Una gran cantidad de «ducre».

El otro miró asombrado lo que Antelt sostenía. Silbó admirativamente, diciendo:

—Nunca vi tanto «ducre» junto. Pasa conmigo. Nuestro amo se alegrará. Su presencia paliará el enfado que tiene por el retraso de

Trhul y Kgranda.

El centinela empujó la puerta, invitando a Antelt a entrar. Éste lo hizo y se encontró en un corredor estrecho y apenas alumbrado con lámparas de aceite. Lo recorrieron con pasos rápidos. El mago parecía haber salido de súbito de su borrachera, y caminaba ligero.

Pasaron por una gran puerta, con barrotes de hierro en el centro. Antelt miró por ellos. Unas mujeres, postradas en el suelo, retrocedieron ante su presencia.

—Las trajeron esta tarde unos compañeros que volvieron de las tribus de las montañas —explicó—. El amo las deja para el final de la fiesta.

Antelt tuvo que realizar un gran esfuerzo para alejarse de allí sin sacar a las desdichadas.

Siguieron adelante, llegando hasta una puerta cerrada, tras la cual salían con toda su fuerza los ruidos que los comensales de la fiesta producían.

El mago empujó a Antelt al interior, al mismo tiempo que gritaba, intentando hacerse escuchar en medio de aquel gran ruido.

Ante todo, Antelt quiso hacerse una idea del lugar donde se encontraba. La estancia era grande. Unos treinta o cuarenta magos estaban sentados alrededor de largas mesas, sobre las cuales, en caótica forma, se amontonaban viandas y jarras de vino. Todos estaban un poco ebrios. La mesa que parecía presidir la orgía estaba ocupada por un personaje obeso, que vestía túnica escarlata en lugar de parda. Aunque no podía asegurarlo, Antelt dedujo que tenía que tratarse del Gran Mago.

A éste se dirigió el centinela. Cuando llegó junto a él, había ya suficiente silencio como para que sus palabras llegasen a todo el mundo.

—Ha venido un compañero del sur, Gran Mago. Se ha adelantado a los demás porque quiere entregarte pronto algo que te hará feliz, que los brujos de Arkand recibirán con agrado infinito: ¡«ducre», una gran cantidad de «ducre»!

El Gran Mago dejó caer sobre la mesa el gran trozo de carne que estaba comiendo, y levantó su adiposa cara hacia Antelt, que permanecía unos metros retirado.

—No esperaba a nadie del grupo enviado al sur hasta dentro de varias jornadas —dijo lentamente el Gran Mago—. ¿Qué ha pasado?

Antelt, en lugar de responder, avanzó hasta la mesa y colocó sobre ella la vasija, retirándose a continuación. El Gran Mago le miró, furibundo ante su silencio, pero sus ojos relucieron ante la presencia del objeto, que tomó entre sus manos. Levantó el cierre hermético, y comprobó su contenido. Su gesto de desconfianza se cambió por uno de gran asombro.

—¿Seguro que vienes del grupo que envié al sur? —preguntó el hombre obeso. Antelt asintió con la cabeza.

—No te conozco. ¿Suponías que no iba a recordar el rostro de todos los magos de Achen? —El Gran Mago sonrió ampliamente—. No sé qué pretendes al intentar hacerte pasar por uno de los nuestros; pero sí sé que quienes envié a las tribus del sur fueron asesinados por un loco que atacó al campamento.

Antelt ya estaba preparado para algo semejante. Siempre había temido que algunos de los que escaparon de su matanza llegasen a Achen antes que él. Pero aquel inconveniente no era demasiado grande. Había previsto que iba a ser descubierta su suplantación demasiado pronto.

El Gran Mago hizo una señal, y varios magos rodearon a Antelt. Habían sacado del interior de sus túnicas largos puñales, casi espadas. Pero ninguno de ellos se atrevió a ponerle una mano encima.

El hombre obeso explicó:

—Esta mañana llegaron dos supervivientes de la matanza, y lo contaron todo. Ya estaba pensando cómo castigar a esas tribus; pero nunca imaginé que uno de sus miembros se atreviese a llegar hasta aquí. ¡Lemme!

Un mago se acercó, presto.

El amo le dijo:

—Establece comunicación inmediata con Arkand, y explícales lo que ocurre. Sin demora, deben ocuparse de castigar a las tribus sureñas. Lo que está pasando no me gusta nada. Y envía también algunos hombres a la entrada, que los guardias y el mago que estaba con ellos sean castigados, por no haber descubierto la superchería.

Lemme impartió rápido unas órdenes, y luego retrocedió hasta el fondo de la estancia. Allí corrió una cortina, y puso al descubierto un extraño aparato metálico, que Antelt observó, curioso.

Sin dejar de mirar a Antelt, el Gran Mago ordenó a Lemme:

—Di a Arkand que envíen también hombres armados aquí inmediatamente. No respondo de la que pueda pasarle al disturbador que mantenemos en la colina. Puede haber más enemigos por los alrededores, y destruirlo, sin saber el gran daño que nos harían.

Lemme empezó a manipular en unos discos luminosos de un tablero metálico. En el centro del artefacto había una especie de cristal, que empezó a emitir intensos destellos.

—También deberán los brujos reparar esto, amo —masculló Lemme—. Desde hace tiempo, no funciona como debiera.

—No esperes la imagen. Usa el sonido solamente, Lemme. —Volviendo su atención a Antelt, dijo—: Ahora me explicarás para qué has venido y qué pasó con mis hombres.

—Murieron.

—Eso ya lo sé. Me han contado que fue un hombre solo, y no lo creo. ¿Cuántas tribus intervinieron?

—Sólo intervine yo —respondió heladamente. El Gran Mago crispó las facciones de su rostro.

—Si quieres burlarte de mí, te arrepentirás. Dime qué pretendías, viniendo aquí, tomando el lugar de uno de nuestros hombres. ¿Acaso pensaste que no íbamos a descubrirte, y podrías vivir como uno de nosotros? Antelt mostró una sonrisa de ironía.

—Estás loco, si supones que quería tal cosa. —Entonces, ¿por qué has traído este inapreciable «ducre»?

—Alguien me lo dio, pensando que no iba a recibir ayuda.

—Estoy cansado de jeroglíficos —masculló el Gran Mago—. Prended a este hombre.

Algunos guardaron sus puñales, y se dirigieron a él con ciertos titubeos. El guerrero aprovechó tal indecisión para despojarse de la túnica, que arrojó sobre uno de ellos. Su corpulento cuerpo, sólo cubierto por un faldellín de cuero, surgió, junto con las armas. Entre un cinturón y su carne, Antelt tenía la pistola, que, con intencionada lentitud, empuñó.

Ninguno de los magos allí presentes dejó de reconocer el arma, lo que facilitó las cosas a Antelt, dándole tiempo para pegar su espalda contra una pared.

El Gran Mago saltó detrás de su silla, buscando protección. Los

demás intentaron correr hacia la puerta, obstruyéndose los unos a los otros, y no consiguiendo salir ninguno.

Pero Antelt dedicó su primer disparo contra el techo de la estancia. La seca madera ardió como una tea, con la poderosa energía. Los gritos de terror de los magos aumentaron, a la par que su pánico.

Antelt, acordándose de Tastia y cuantos murieron y padecieron bajo la opresión de su tiranía, disparó contra la masa humana que intentaba buscar la salvación, escapando de aquella estancia.

El guerrero olvidó, por un momento, a los fugitivos. Sus hombres ya darían buena cuenta de ellos, a medida que fueran saliendo. Buscó, en medio del humo que procedía del incendio del tejado, al Gran Mago. Vio a Lemme, que se alejaba del extraño aparato en el cual había estado manipulando. Disparó.

Lemme apenas si tuvo un segundo para gritar de dolor, antes de perecer en medio de una bola de fuego. Descubrió la grasienta humanidad del Gran Mago cuando alcanzaba la salida, tirando al suelo, en su afán de huida, a cuantos se le interponían. Disparó y observó, irritado, cómo el Gran Mago escapaba, ileso, aunque algunos adornos de su túnica roja ardían.

Entonces se dio cuenta de que no quedaba nadie vivo allí. Los últimos magos supervivientes habían escapado, y aún oía sus pisadas y gritos, mezclados ahora con los alaridos de sus hombres.

El techo ardía, y pronto toda la edificación sería pasto de las llamas. Antes de salir, se fijó por unos instantes en el aparato que había estado oculto tras unas cortinas. El cristal que antes lanzó intensos parpadeos de luz mostraba algo ahora que le sobrecogió de temor, ante lo desconocido.

Un rostro, lleno de odio, le miraba desde el otro lado, como si aquello antes opaco se hubiera transformado en una ventana. Furioso, Antelt disparó contra la cara. No se detuvo a averiguar el resultado de su acción. Del techo ya empezaban a caer maderos ardiendo.

En el corredor, recordó las mujeres que permanecían encerradas. Al llegar junto a la puerta, sorteando cadáveres de magos, encontró a Brukal, rompiendo la cerradura con una pesada hacha. Antelt le ayudó con su espada, de templado acero, y no tardaron en sacar a las mujeres, aunque para ello tuvieran que empujarlas. Tenían en

sus cuerpos demasiado miedo para creer que eran libres.

En el exterior, la lucha se había generalizado. Lo que al principio quiso Antelt que fuese un ataque organizado, se había convertido en una matanza. Pero él ya no podía hacer nada para evitarlo.

Como su intervención no era precisa, ya que toda resistencia enemiga era casi nula, limitándose los guardianes y magos supervivientes a tratar de escapar de la furia de los hombres de las tribus, Antelt se quedó como extasiado presenciando la destrucción. Porque aquello no era una lucha. Se había convertido en una marea aniquiladora.

Tropezó con un bulto. Al mirarlo, se encontró con el cadáver del Gran Mago. Le costó trabajo reconocerlo. Estaba desfigurado.

Alguien dijo a su lado:

—Yo le maté, Antelt.

Se volvió. Era un guerrero de su tribu, quien le sonreía y mostraba su espada roja.

—Hubiera preferido cogerlo vivo —dijo con cierto desaliento Antelt.

Pero aquel hombre estaba demasiado atento a lo que ocurría a su alrededor para comprender lo que decía, y se alejó de él. Lentamente salió del recinto. Junto a la puerta, atendiendo a las mujeres que hasta entonces habían sido las prisioneras de Achen, estaba Berbar. Al verle, corrió hacia él y le abrazó.

—Temí por ti —dijo.

Antelt acarició los cabellos de su nueva compañera, y volvió la mirada atrás, observando a sus hombres.

—Están ebrios —dijo el guerrero—. Tendré que dejarlos hasta que agoten sus fuerzas; aunque sea peligroso permanecer mucho tiempo aquí.

—¿Por qué? Hemos vencido. Y ha sido gracias a ti —le sonrió Berbar.

—No sé. Tengo una aprensión.

Aunque de forma nebulosa, aún persistía en su mente aquella horrible imagen en el cristal de la sala. ¿Qué era aquello? Había surgido de la nada, en un lugar donde instantes antes sólo había luces enloquecidas.

Antelt suspiró, mientras tomaba a Berbar por los hombros. Debía

tener presente, se dijo, que, desde hacía muchas jornadas, tal vez desde que Zlate le entregó la maravillosa arma que arrojaba fuego, debía tener su mente abierta a cuantas maravillas se ofreciesen a sus ojos. Todo cuanto viera debía considerarlo como algo normal, y no producto de la magia o brujería de sus enemigos.

Se habían alejado de las mujeres, y se sentaron en un árbol caído.

Antelt esperaba que la furia acumulada por años, en su pueblo, disminuyese.

CAPÍTULO 9

Habían pasado varias horas. Amanecía.

Antelt, subido a una roca, se había hecho rodear por los hombres. Le habían costado mucho reagruparlos, pese a que esperó lo suficiente hasta que consideró que estaban saciados de matar y saquear. Y, sobre todo, agotados.

Lentamente, cargados con el producto de su rapiña, los sudorosos y ensangrentados hombres se dejaron caer al suelo, dispuestos a escuchar al hombre que los había llevado a la victoria, a lograr lo que nunca se habían creído capaces de realizar: destruir Achen.

Brukal alzó su espada, y dijo a Antelt:

—Te ofrecemos esta victoria, Antelt. Desde hoy, serás nuestro jefe. Tenemos plena confianza en ti y tu arma de los dioses.

El guerrero paseó su mirada adusta por los rostros duros y cansados de sus hombres. Su estado físico le desanimó. Estaban agotados totalmente. Algunos, ahora que habían cesado de moverse de un lado para otro, se daban cuenta de que necesitaban dormir, recuperar fuerzas.

—Sí, hemos conseguido una gran victoria. Achen ya no significará, para las tribus, una amenaza constante. Pero aún queda Arkand. No quiero engañaros. Vencer a Arkand no resultará tan fácil como esto. Además, no podemos consentir que en Arkand se produzca la misma destrucción que aquí. Sin brujos o magos, precisamos de las medicinas que éstos poseen para combatir a la plaga. En Arkand debemos respetar cuanto encontremos, excepto la vida de nuestros enemigos. Los dioses sabrán cuántas cosas útiles hemos destruido, sin saberlo.

—¡Acabaremos con Arkand como lo hemos hecho con Achen! —gritó alguien.

—Es posible. Pero ya no podremos valernos de la sorpresa. En

Arkand pueden saber lo que hemos hecho en Achen, y estar prevenidos. No olvidemos que los magos sólo son lacayos de los brujos, los que se encargan de tener contacto con nuestras tribus para obligarlas a buscar «ducre», a cambio de la medicina que precisamos.

La calma había ido cundiendo entre los hombres. Brukal preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Marcharnos de aquí cuanto antes. Recogeremos todo cuanto creamos que nos sea útil. Cerca hay unas montañas. Nos refugiaremos en ellas hasta recuperar fuerzas y exploremos los alrededores de Arkand para pensar un plan de ataque.

—Ningún hombre podrá dar un paso —dijo Brukal—. Están todos demasiados cansados. Y tenemos algunos heridos.

Antelt bajó de la roca, y caminó hasta donde los heridos en el combate trataban de curar sus heridas. Eran unos veinte, y más de la mitad de cierta gravedad. No podrían moverse por sí solos.

—Construiremos parihuelas. Y enterraremos a los muertos.

—¿Todos? —preguntó, alarmado, Brukal.

—No. Sólo los nuestros. Pero apresura a los hombres. Debemos salir antes de que el Sol esté sobre nuestras cabezas.

Al volver junto a los hombres, ambos amigos comprendieron que aquella tarea iba a resultar imposible de realizar. La mayoría dormían profundamente. Y los demás no tardarían mucho tiempo en hacerlo.

—Es comprensible —comentó Brukal—. Ninguno de nosotros duerme desde hace más de dos jornadas. No sé cómo tuvimos fuerzas para luchar.

Antelt estaba desalentado. Comprendía que corrían un serio peligro permaneciendo allí, pero no podía hacer otra cosa. Él mismo sentía los músculos agarrotados y tenía un hambre atroz.

—No podemos hacer nada, por ahora —dijo Brukal.

El guerrero asintió, de mala gana. De la casa grande aún quedaban unos conatos de incendio. Antelt se preguntó cuántas cosas de valor para ellos se habían perdido allí. Desde luego, en Arkand debían proceder de una forma distinta. En los sucesivos días tenían que ocuparse de instruir a sus anárquicas tropas.

—Di a las mujeres que preparen comida para cuando los

hombres despierten. Tendrán un hambre enorme.

—Eso está mejor —repuso Brukal, ahogando un bostezo—. Tú también debes descansar, amigo.

Se alejó, tambaleante hacia donde las mujeres estaban. Desde aquel lugar, Berbar saludó a Antelt con el brazo.

El guerrero buscó un lugar libre de objetos, y se tumbó en la tierra húmeda del amanecer. No creía que iba a poder dormir; pero antes de un minuto tuvo los ojos cerrados.

Antelt había tenido en su azarosa vida muchos despertares llenos de desagradables sorpresas. Pero en aquella ocasión esta incidencia superó con creces a todas las precedentes.

Aún semiinconsciente, oyó un rumor ronco nunca escuchado. Con pesadez, abrió los ojos. El Sol estaba bastante alto, y calentaba su rostro. Olió a quemado y sudor profundo. Intentó dormir de nuevo y volvió a escuchar el extraño ruido.

Un grito de mujer le terminó de despertar. De un brusco impulso, se levantó y parpadeó varias veces antes de hacerse cargo de la situación.

Vio a todos los hombres dormir aún, como si estuvieran muertos. Al fondo, cerca del destruido recinto, donde las mujeres habían estado preparando la comida, volvieron a producirse nuevos alaridos de pánico. Las mujeres corrían, asustadas. Y Berbar se dirigía hacia él, corriendo velozmente. Tropezó y cayó. Se levantó rápidamente y gritó:

—¡Arriba, Antelt, en el cielo!

Estupefacto, el hombre alzó la mirada. Al mismo tiempo, una sombra enorme se proyectó sobre él, ocultando la naciente luz solar.

En el aire flotaba un artefacto oscuro como la noche. De su vientre partió un rayo. Hubo una explosión en el suelo, en medio de los durmientes. Todos los ilesos se incorporaron, impulsados por la sorpresa y el miedo.

Aparecieron más artilugios voladores, casi una docena. Uno de ellos descendió un poco más que el resto, y Antelt identificó el emblema pintado en su costado metálico.

—Son los brujos de Arkand —musitó.

—Huyamos de aquí —dijo Berbar.

Antelt estuvo a punto de hacerlo. Pero sus hombres, llenos de

desconcierto, corrían de un lado para otro. Y de los aparatos voladores descendían regularmente rayos de fuego, que los iban aniquilando.

No podía dejarlos allí, a merced del enemigo. Antelt se liberó de la mano de Berbar, que pretendía llevarlo hasta el interior de la selva, y anduvo hacia la zona bombardeada.

Entonces, Antelt se percató de que los brujos intentaban reagrupar a los hombres de las tribus, como si de un rebaño de ovejas se tratasen. Los rayos de fuego, ahora, procuraban no causar más víctimas. Se limitaban a caer lejos de los hombres, impidiéndoles la huida.

El guerrero sintió que la sangre le hervía en las venas, circulando por ellas como un torbellino. Empuñó la pistola y alzó el brazo, dirigiendo el cañón hacia una de las naves. No podía calcular lo lejos que estaba ni si el poder del arma de Zlate era suficiente para ella. Lo único que sabía era que no podía hacer otra cosa.

Apretó el disparador, después de apuntar cuidadosamente. El haz de luz que proyectó la pistola dio en el fuselaje del aparato volador de Arkand. Primero hubo una explosión pequeña y después ocurrió otra mucho mayor, que hizo volar en un millón de pedazos aquel conjunto de metal negro.

Antelt saltó de alegría, viendo cómo pedazos incendiados de lo que fue un aparato volador caían a unos centenares de metros de él.

Aún no había dominado su alegría cuando los demás aparatos evolucionaron. Una de las naves se acercó velozmente a él, y le remitió un rayo de fuego. Iba demasiado aprisa, y la puntería no fue certera, pero sí lo suficiente para que, al estallar la energía en el suelo, fuera lo bastante cerca como para que Antelt creyera haber caído de súbito en el mismo infierno.

Sintió que toda su piel, era abrasada por un hierro candente. Cayó, dolorido, al suelo. A través de un velo de sangre, vio a Berbar dar unos traspies y caer también.

Luego, antes de sumergirse en las sombras, aún pudo observar cómo varias naves perdían altura, tomando contacto con el suelo a unas docenas de metros de donde él estaba.

Y de ellas descendieron los brujos de Arkand.

Sabía que llevaba mucho tiempo con los ojos abiertos, fijos en el techo de la habitación.

Había intentado repetidas veces incorporarse, y pudo hacerlo.

En los primeros instantes consideró la posibilidad de estar muerto o sólo poseer cabeza y tronco, tal era la ausencia que poseía de tener miembros.

Transcurrido un buen rato, pudo girar la cabeza y darse cuenta de que estaba tumbado en el suelo frío, de espalda. Pero aún no comprendía por qué no podía mover los brazos o piernas.

Lo que enseguida notó fue un intenso ardor en toda la piel. A medida que volvía a la consciencia, el dolor aumentaba. Cuando lo sintió en sus brazos y piernas, incluso se alegró de ello. El temor de estar mutilado desapareció.

Hacía frío en la habitación, pero no lo suficiente para mitigar el fuego que parecía danzar por su epidermis. Las oleadas de calor no eran constantes, sino que aumentaban o disminuían. Antelt no sabía si aquello era mejor o peor que una continuidad. Pero al menos, en los instantes de mejoría, podía concentrarse en pensar.

Los brujos de Arkand disponían, en sus aparatos voladores, de armas semejantes a la de Zlate. Con ellas le habían disparado. Aunque no le acertaron, fue suficiente para dejarle inconsciente.

Pensó en Berbar. Ella se hallaba más lejos que él, y debió de sufrir menos. Pero le hubiera gustado saber cómo estaba en aquellos momentos. Luego recordó a Brukal y a todos sus demás hombres. Muchos habían muerto. ¿Qué había pasado con los otros?

Indudablemente, los brujos los habían hecho prisioneros. Pero aquello fue hacia... Había perdido la noción del tiempo por completo. Los supervivientes podrían estar encerrados como él o... Moviò la cabeza. Aún debían vivir. Los brujos pudieron matarlos a todos desde el aire, pero parecían tener un inusitado interés en hacer prisioneros. ¿Para qué?

Antes de perder el conocimiento, Antelt pudo observar a los brujos que bajaron de las naves. Pese a la distancia, apreció las facciones de uno de ellos. Era el mismo rostro que apareció en el cristal del aparato que manipuló el servidor del Gran Mago en la estancia donde celebraban el banquete.

Habían estado buscándole a él, sin duda.

Y le habían encontrado.

¿Qué iba a pasar ahora?

Todos sus sueños de acabar con Arkand se habían esfumado.

Sólo pudo destruir a Achen y sus magos. Arkand era demasiado fuerte. Los brujos reaccionaron a tiempo, ahogaron la rebelión de las tribus, apenas estaban saboreando su primera victoria.

Había pasado el suficiente tiempo para que Antelt pudiera meditar sobre muchas cosas. Y la mayor parte de ellas no podía comprenderlas.

Sonrió amargamente, al acordarse de «su diosa rubia». Ella, cuando con su aparición le salvó de ser lapidado por su propia tribu, le indicó que marchase al norte, pero no a Achen. Era indudablemente un lugar cercano a donde estaba Arkand. La mujer o diosa vestida de negro no quería que luchase. Él, ciego por el deseo de vengarse, desoyó sus silenciosos consejos.

Ahora ella estaría furiosa o decepcionada por su comportamiento. No sabía si iba a volver a verla o no. Pero de lo que estaba seguro es que lo deseaba ardientemente.

¡Si al menos hubiera ella podido hablarle, explicarle con palabras y no con el gesto lo que deseaba de él! Estaba seguro de que no hubiera cometido tantos errores.

Se llevó la mano derecha a la cara, queriendo apartar de sí aquellos pensamientos. Entonces se dio cuenta de que podía volver a mover los miembros. Luego fue la mano izquierda la que le obedeció, y a continuación, sus piernas.

Le costó mucho dolor incorporarse del suelo, pero se sintió dichoso al poder hacerlo. Se palpó la piel. La notó caliente. Le habían untado algo, como una pomada, sobre ella. Ya no tenía tanto calor sobre su carne.

Descubrió una gran quemadura en la pierna derecha, que le bajaba desde la rodilla hasta las sandalias, cuya puntera estaba chamuscada.

La habitación estaba alumbrada por una lámpara, que esparcía por ella una luz blanca y agradable desde un rincón del techo. Una puerta, al fondo, permanecía cerrada.

Antelt no tuvo necesidad de ir hasta ella para asegurarse de que le iba a ser inútil abrirla.

Sólo podía esperar. En algún momento los brujos llegarían por él, y al fin sabría lo que le tenían reservado. Se sonrió, pensando lúgubremente que no podía ser nada bueno.

Se sentó frente a la puerta, sintiendo sed.

Tenía la garganta seca, y cerró los ojos. Cuando los abrió, creyó estar viviendo una alucinación.

Delante de él estaba la mujer rubia, con su ajustado traje negro pegado al cuerpo y los adornos de reluciente plata.

Pero esta vez, para aumentar aún más el desconcierto de Antelt, ella dijo con voz clara y deliciosamente entonada:

—Te hemos estado buscando desde hace muchos días. A medida que te acercabas a nosotros, nos resultaba más difícil localizarte. Mas, afortunadamente, la acción del disturbador desapareció al fin, después de docenas de años.

—Hablas —musitó Antelt.

Ella rió, y el guerrero escuchó, por primera vez, su cantarina risa.

—Por supuesto que hablo. Siempre lo intenté contigo, pero mi voz no te llegaba. ¿Sabes que durante muchos años hemos estado intentando localizar la interferencia que nos impedía una adecuada exploración?

—¿Cómo sabías que estaba aquí? Mejor dicho, yo mismo no sé dónde estoy. —De pronto, una oscura idea acudió a la mente de Antelt, y preguntó, receloso—: ¿Acaso eres una bruja, una compañera de los de Arkand?

—No sé lo que dices. La verdad es que ahora mis compañeros están tratando de localizar la ubicación de este lugar. Yo también ignoro dónde estás.

—No es posible tal cosa. ¿Cómo has llegado hasta mí? —Estábamos perdidos, sin saber dónde podías hallarte. Teníamos registradas unas frases de tus impulsos mentales. De pronto, descubrimos que tu mente me llamaba..., y acudí.

—Te he desobedecido. He llevado a mi pueblo a luchar contra los magos. Los matamos a todos. Pero los brujos llegaron antes de lo que pensé. No sé qué ha pasado con los míos. ¿Lo sabes tú?

—Todavía, no. Pero es posible que pronto lo sepamos.

La mujer se volvió, como si hablase con alguien invisible, a sus espaldas. Lo hizo en una lengua incomprensible para Antelt. Luego se volvió hacia él, preguntando:

—¿Cómo te llamas?

—Antelt. ¿Tú también tienes nombre?

Pero la mujer no prestó atención a su pregunta. Dijo:

—Ven aquí, a mi lado. Deseamos, mis compañeros y yo, interrogarte —Antelt dudó y ella preguntó—: ¿Tienes miedo? ¿No has matado a los enemigos de tu pueblo? No puedo creer que receles de mí.

Antelt se levantó y caminó hasta la mujer. Su figura parecía real. No era vacilante y semitransparente como las otras veces. Sin poder reprimir su impulso, quiso tomar su mano. Con horror, vio cómo sus dedos atravesaban aquel cuerpo que había creído sólido.

Ella se apresuró a sonreírle.

—No te asustes. Es lógico que sientas temor. Pronto tú estarás en mi situación.

Y Antelt dejó de estar en la habitación. Al menos, su mente.

CAPÍTULO 10

—Les felicito —oyó que la mujer de los cabellos rubios decía.

Todo ocurrió en un espacio de tiempo más corto que un parpadeo.

Antelt ya no estaba en la celda, en poder de los brujos. Se hallaba, inesperadamente, en la estancia más limpia y brillante que viera en toda su vida. Incluso el olor era agradable.

Y las personas que allí estaban.

Eran varias, y todas vestían como la presunta diosa. Si ella era una diosa, debía de estar en el seno de los dioses, compartiendo su gloria, pensó el guerrero, mientras lo observaba todo con asombrados ojos, al tiempo que una sonrisa de felicidad se iba dibujando en sus labios.

Dos o tres de ellas eran mujeres, pero ninguna tan hermosa como la de los cabellos rubios, quien se le acercó y le dijo:

—Celebro que no demuestres miedo, Antelt. Antes me preguntaste cómo me llamaba. Mi nombre es Alice Cooper. — Señaló un hombre alto y fuerte, de piel morena y rostro ausente de barba—. Éste es el comandante Adan Villagran —sonrió para agregar—: Comparte conmigo el mando de la unidad exploradora *Silente*..., y algo más.

—No aturdas al nativo con explicaciones excesivas, y que no vienen al caso —dijo el comandante Villagran, divertido por la presentación de su esposa.

—Tienes razón —asintió Alice—. Los demás son los capitanes Le-Loux, Kelemen y el teniente Koritz. Las otras personas que ves son los técnicos del puente de mando de la *Silente*, una gran nave que orbita tu planeta. En ella estás ahora, por decirlo de alguna forma.

Antelt escuchaba a Alice, pero seguía mirándolo todo,

estupefacto. Su mano quiso apoyarse sobre una reluciente mesa repleta de complicados discos luminosos. Gritó cuando su cuerpo atravesó lo que él creía que era sólido.

Casi sollozante, Antelt exclamó:

—Es un sueño. Nada es verdad. Es un sueño.

Alice se le acercó. Explicó con dulzura.

—No, no es un sueño. Ocurre que antes yo no podía tocarte porque sólo veías mi imagen. Ahora es tu imagen la que está en nuestra realidad, con nosotros. ¿Comprendes?

—Será difícil que lo entienda, comandante —dijo Kelemen.

—Entonces... —Antelt tartamudeó—. Entonces, ¿aún estoy prisionero de los brujos de Arkand?

Alice miró, altanera, a Kelemen. Y luego a los demás, al decir:

—Ya os dije que el nativo que elegí poseía una gran inteligencia. Por eso estaba tan furioso, porque no podía comunicarme con él, a causa de las interferencias del disturbador condenado. Su localización nos volvió locos. Creo que los nativos lo destruyeron, sin saber el gran favor que nos estaban haciendo, cuando atacaron una especie de poblado controlado por los jefes del planeta.

—Siempre pensé que estos tipos de Arkand no me inspiraban confianza. Lo mismo opinaron los componentes de la primera unidad exploradora que llegó —dijo Adan.

Un hombre se acercó, entregando a Villagran un diagrama.

—Ya tenemos localizado el sitio exacto donde está el cuerpo del nativo, señor.

Adan lo estudió, junto con Alice. Ambos, asombrados, miraron a sus colaboradores. Alice dijo:

—Los arkandianos tienen prisionero a este hombre apenas al lado del Punto de Acercamiento.

Antelt empezó entonces a notar algo extraño. No dejaba de escuchar y creer que su presencia en medio de aquellos seres maravillosos era real, pero ocurría que al mismo tiempo sus sentidos seguían captando lo que sucedía en la celda que ocupaba su cuerpo.

Alarmado, dijo:

—Están abriendo la puerta. Alguien va a entrar en la celda.

Alice y Adan se miraron. La primera dijo:

—Tenemos que actuar sin pérdida de tiempo. Antelt, no

podemos traerte físicamente con nosotros, pero te prometemos que recibirás ayuda.

—No sólo para mí, sino también para Berbar y los demás.

—Descuida. Así será. Ahora regresarás a la celda totalmente. Pero confía en nosotros —aseguró el hombre.

Antelt quiso decir más cosas. Entonces, todo cambió. La estancia hermosa y llena de luz, con sus amables y agradables seres, se transformó rudamente en la celda, allá abajo en el desolado planeta tiranizado.

La puerta terminó de abrirse, y entraron tres hombres. Llevaban pistolas y le apuntaron. Uno dijo:

—Ven con nosotros. No intentes nada, si lo que pretendes es morir antes de tiempo.

Aún aturdido por el brusco cambio sufrido, Antelt se dejó conducir. No tuvo noción certera de cuánto tiempo estuvo caminando por oscuros corredores. Ascendieron por una escalera de madera húmeda. Al parecer, había estado encerrado en el sótano. Después de caminar por unas galerías flanqueadas por grandes ventanales a través de los cuales pudo ver Arkand, entraron en una estancia grande.

Antelt había podido hacerse una somera idea de lo que era Arkand. Sentía una especie de desilusión. Aquello no era sino un Achen mucho mayor, pero tan sucio como aquél. Todo le parecía mugriento, después de haber estado en la brillante sala de los seres vestidos de negro y plata.

Donde entraron era un lugar enorme, de elevado techo. Parecía una especie de anfiteatro cubierto. En el centro, apiñados, estaban sus hombres. Entre ellos, descubrió a Berbar.

También estaba Brukal. Pero faltaban muchos hombres. Las bajas sufridas habían sido cuantiosas.

Y todo para nada, pensó Antelt. Al final serían exterminados por los brujos, y la precaria situación de las tribus continuaría igual o peor que antes.

Los seres vestidos de negro y plata le habían prometido ayuda. Antelt no confiaba mucho en ella. Alice Cooper le dijo que estaban sobre ellos, en el cielo. ¿Cómo iban a poder llegar a tiempo para sacarles de aquella situación?

Empujado, Antelt fue llevado hasta un elevado estrado donde,

detrás de una mesa, una docena de brujos de elevada jerarquía parecían esperarle. El que estaba situado en el centro, con incontables años sobre sí, y ojos relucientes, plagados de odio, le dijo:

—Eres Antelt, guerrero y cazador de la tribu sureña que vive junto al desierto. Nosotros, los brujos de Arkand, te acusamos de incitar a la rebelión a tus compatriotas, a luchar contra nuestros protegidos, los magos de Achen, y aniquilarlos. Para ello te valiste de la astucia. Y también de la sorpresa. Sólo así podías vencer al poder de los magos, otorgado por Achen. Tus culpas son graves, y no es suficiente tu muerte para pagarlas.

Antelt tragó saliva. Todo estaba perdido. Sólo quedaba morir como un valiente. Si alguien se salvaba, contaría a sus hijos cómo Antelt, el guerrero, despreció a los brujos de Arkand en su mismo cubil. Hinchó el pecho y dijo:

—Déjate de palabrería estúpida, viejo repugnante. Si pensáis matarme, podéis hacerlo ya. ¿Qué pretendéis demostrar con todo este escenario ridículo? Si algún día no acabamos nosotros con vuestra farsa, lo harán los hombres vestidos de negro y plata. Ellos son buenos y sabios, y no permitirán que sigáis esclavizándonos por más tiempo.

El jefe de los brujos soltó una exclamación de asombro. Sus correligionarios se agitaron, inquietos, en sus asientos. Y todos los demás habitantes de Arkand prorrumpieron en atónitos murmullos.

—Los hombres del espacio nunca sabrán nada, ignorante sureño —escupió el jefe—. Hace docenas de años que llegaron, y aún ignoran lo que pasa en este planeta. Ellos, los hombres del Orden, proceden de un lejano planeta, e insisten en respetar unas extrañas leyes. Nunca saldrán del Punto de Acercamiento, mientras nosotros no les demos autorización. Seguirán allí, por siglos. En realidad, sólo les interesa de este mundo el «ducre», a cambio del cual nos entregan armas y naves aéreas, además de todo lo que precisamos.

Antelt entornó los ojos. Las explicaciones del jefe no le aclaraban nada. Por el contrario, le sumergían aún más en el desconcierto.

Uno de los brujos, dijo.

—¿Cómo conoce el sureño la existencia de hombres del Orden Imperial? ¿Acaso ellos han quebrantado sus propias leyes, y han

explorado el planeta, saliendo del Punto de Acercamiento?

El jefe movió negativamente la cabeza.

—No lo creo. Nunca lo han hecho. ¿Por qué iba a ocurrir ahora? Sabemos que han estado intentando conocer el planeta y sus costumbres, por medio de sus adelantados medios de visualización. Pero las interferencias de nuestro disturbador siempre lo impidieron. Aunque esos perros lo destruyeron en Achen, creo que dentro de pocos días podremos volver a ponerlo a punto. Todo seguirá igual.

—¡No! Nada seguirá igual. Nada —gritó Antelt—. Ya todas las tribus saben que los magos no eran invencibles. Comprenderán que los brujos tampoco lo son. Os matarán, pese a vuestras armas, cuando os vean llegar a los poblados.

El jefe sonrió siniestramente.

—No necesitaremos de la fuerza para someter a las tribus. La plaga aún no ha sido vencida. La medicina que la cura y que nos entregan gratis los hombres del espacio, sigue siendo precisa. A cambio de ella, tendréis que seguir dándonos «ducre», y comidas frescas. Nada cambiará.

—Terminemos de una vez —dijo uno de los brujos. Señaló el grupo de prisioneros—. El mundo necesita un escarmiento. Soltaremos a algunos de éstos para que cuenten cómo mueren los que se atreven a enfrentarse a Arkand. El resto seguirá la misma suerte que el que los condujo a la rebelión y luego a la muerte.

—Es cierto —asintió el viejo brujo.

CAPÍTULO 11

A punto estaba de apostrofar a los brujos, cuando empezó a oírse un crujido de maderas rotas en el techo.

Los brujos que le juzgaban miraron hacia arriba. Antelt también miró.

El ruido creció. Por unos instantes, pareció que el techo iba a desplomarse sobre ellos. Entonces ocurrió todo lo contrario. Una fuerza sobrenatural pareció tirar de él, desmembrarlo del resto de la edificación y elevarlo en el aire.

En unos segundos, la enorme estancia, ahora convertida en circo al aire libre, se llenó de seres cubiertos por brillante armadura plateada, que llevaban pistolas tan largas como brazos, y apuntaban con ellas a todo el mundo.

Algunas de aquellas fantasmales apariciones caminaron firmemente hacia la mesa ocupada por los jerarcas magos. Se detuvieron frente a ella, y se despojaron de los cascos que ocultaban sus cabezas.

De una de las figuras surgió una cascada de cabellos rubios.

Antelt no notaba cómo era sacado del pozo y liberado de las cuerdas cuando se percató de que Alice era la propietaria de una de aquellas brillantes armaduras. También estaba el llamado Adan Villagran. Y Kelemen, Le-Loux y Koritz.

Habían cumplido su promesa. Habían llegado a tiempo para salvarle.

—Los hombres del espacio —murmuró, perplejo, el jefe.

—Así es —dijo Adan—. Y al parecer, nuestra intervención ha sido justa para evitar un asesinato más.

—Es un acto de justicia —gritó el jefe—. Ustedes no tienen autoridad para interferirse en los asuntos internos de una nación libre...

—Por supuesto que no —admitió Alice—. Pero nuestras leyes sí

nos autorizan a actuar en un planeta donde una mayoría esté dominada por una minoría que medre a su costa. En unos días hemos averiguado más cosas de este planeta que en decenas de años, brujo inmundo. Y todo gracias a que el perturbador se silenció, al fin.

El jefe no salía de su estupor.

—Ustedes nos garantizaron libertad de acción, que no saldrían del Punto de Acercamiento mientras nosotros no les diésemos permiso.

—Tal estado de cosas cesó en el momento que descubrimos la injusticia de Arkand —dijo Adan—. Creo que aquí existe una adecuada representación del planeta, o al menos de este continente, para poner, de una vez por todas, las cosas en claro.

La voz de Adan sonaba como un trueno. Antelt descubrió que hablaba a un aparatito que llevaba adosado a su cuello metálico. El comandante dijo, mientras caminaba entre los asombrados brujos de Arkand y sus hasta entonces prisioneros:

—Nosotros, el Orden Imperial, procedemos de un planeta que un día fue cuna de la humanidad: la Tierra. Recorremos el espacio socorriendo planetas sumidos en la ignorancia y la pobreza, la calamidad y la injusticia. Hace unos cincuenta años llegó a este mundo una de nuestras unidades exploradoras. Se encontraron con una casta que parecía gobernarlo. Los arkandianos explicaron que ellos trataban de salvar a su pueblo, pero que una misteriosa plaga lo estaba acabando. Mis compañeros les entregaron medicina para combatirla. Entonces descubrieron un metal en este planeta que es por nosotros muy codiciado: «ducre». Los brujos nos prometieron ese metal, a cambio de medicinas, naves y armas. Nunca nos autorizaron a socorrer por nuestra propia mano a los pueblos amenazados por la plaga, y abrir este mundo a la colonización galáctica.

»Tenemos nuestras leyes, que debemos respetar. Y ellas nos dicen que no debemos proceder en ningún mundo olvidado en contra de la voluntad de sus habitantes, siempre que sean gobernados por personas elegidas por el pueblo, y no amenacen a otro pueblo o planeta sin causa justificada. Por lo tanto, los miembros de la primera expedición se limitaron a entregar a Arkand todo cuanto pidieron, y llevarse el «ducre» que tenían en

aquel momento, y que aquí para nada sirve. El Punto de Acercamiento quedó establecido más como un símbolo que como una cosa práctica.

»Aquellos hombres del Orden intentaron explorar el planeta, proyectando sus imágenes en distintos lugares. No consiguieron sino asustar a veces a los nativos, ya que la proyección era deficiente y no podían transmitir las palabras. En algún lugar del planeta existía una fuerte interferencia, provocada por un perturbador.

»Pasaron los años. Las guarniciones del Punto fueron relevadas periódicamente hasta que hace unas semanas llegamos nosotros. Teníamos órdenes superiores de acabar con el Acercamiento felizmente o retirarnos. Ya estábamos a punto de hacerlo cuando decidimos realizar un estudio profundo de la situación, pese a que los arkandianos seguían negándonos el permiso para salir de nuestro reducto del Punto de Acercamiento.

Adan calló, y miró a su compañera Alice, como si le concediera la palabra. La mujer continuó explicando:

—Comprendimos que algo no marchaba bien, que no era verdad lo que los arkandianos afirmaban. Ocurría algo tenebroso en este mundo. Un día, proyecté mi imagen al desierto y descubrí a dos nativos. Uno de ellos era Antelt. No huyó de mí, como otros lo hicieron antes. Tal vez estaba frente a alguien que podía explicarnos lo que verdaderamente estaba pasando. Decidimos traerle hasta nosotros, ya que no podíamos salir del Punto. Una de las veces, creo que la segunda, pude localizarle. Aquello nos desconcertó. Imaginamos otras cosas, que no eran la realidad. Pero le salvé de ser muerto y le indiqué que marchase al norte, a nuestro encuentro.

»El resto ya lo sabéis. Antelt encontró una pistola que años atrás perdiera un brujo de Arkand. Se la entregó un viejo que en su juventud presencié la llegada de las primeras naves de la Tierra.

—Es ilegal la actitud del Orden... —gritó el jefe de Arkand.

—Nuestras leyes están reconocidas por toda la Galaxia —respondió Adan violentamente—. Y por toda ella, acatadas. Siempre ha respetado el Orden la libertad de los viejos mundos que una vez formaron el Gran Imperio. Repito que cuando los que se dicen ser los gobernantes legítimos de un planeta rechazan la nueva colonización, estamos capacitados para hacer uso, incluso de la fuerza, para comprobar si el resto de los habitantes, la mayoría, está

de acuerdo con tal determinación.

»Por lo tanto, a todos los nativos les serán explicados nuestros motivos y proyectos para con este planeta. Si, como esperamos, la mayoría desea nuestra presencia, la llegada otra vez de la civilización, este mundo entrará a formar parte del Orden, con todos sus derechos y obligaciones.

Se volvió para mirar a la mesa de los jerarcas de Arkand, después de pasear la mirada por las gradas ocupadas por los habitantes de aquella tenebrosa comunidad. Dijo solemnemente:

—Esta absurda situación acabará rápidamente. Yo, comandante de la unidad exploradora *Silente*, del Orden Imperial, y en órbita a este planeta, declaro la ley marcial, ordenando la privación de libertad a todos los denominados brujos de Arkand, y cuantos les sirvan sin coacción.

Todos ellos serán juzgados y condenados en su día, si hubiera lugar, una vez que el Orden quede legalmente establecido en este mundo.

Antelt empezaba a olvidar las pesadillas sufridas. Berbar estaba a su lado, y ambos sonrieron, encontrándose con la mirada dichosa también de Alice Cooper. Mientras, los soldados del Orden procedían a sacar del recinto a los hasta entonces expoliadores del planeta.

Con los ojos llenos de lágrimas, el guerrero escuchó cómo sus hombres le aclamaban, gritaban su nombre. Sintió que el comandante Villagran le empujaba hacia la salida, hacia una nave reluciente, que les esperaba en el exterior.

—Vamos, amigo. Subamos de nuevo a la *Silente*. Nos queda mucho trabajo por hacer.

Epílogo

—Lamentamos que se vayan —dijo Antelt.

Ya no vestía los harapos de guerrero. Su traje era sencillo, pero de corte moderno y muy cómodo. Berbar también lucía ropas que realzaban su belleza un tanto salvaje. Alice fue quien, durante muchos días, se esforzó en hacerla más femenina. Lo había conseguido casi plenamente.

—Nuestra misión terminó en este planeta —le dijo Adan—. Otros técnicos han llegado a relevarnos. Ellos son especialistas en poner en condiciones un planeta, que, al finalizar la Primera Era, cuando desapareció el Gran Imperio, se sumió en un conflicto nuclear, que casi exterminó a sus habitantes. Las ruinas de las ciudades dejarán de ser mortales por sus radiaciones, que es lo que vosotros habéis estado llamando la plaga. En pocos años no quedarán rastros radiactivos. Habrá bienestar y trabajo para todas las tribus. Además, el Orden no malgastará su dinero y esfuerzo, por supuesto. La extracción del «ducre» compensará, con creces, todo cuanto aquí se haga.

Adan y Alice estrecharon las manos de Antelt y Berbar. Montaron en la nave que debía llevarles hasta la *Silente* y segundos después el huso plateado se elevaba hacia el cielo. Antes de que desapareciera, otras naves procedentes de distintos planetas del Orden tomaban tierra en el Punto de Acercamiento, cerca de donde hasta hacía poco tiempo había estado Arkand y sus brujos, convertidos ahora en leyenda, que el tiempo se encargaría de hacer épica, y el nombre de Antelt adquiriría título de héroe.

Pero ellos aún seguían viviendo como mortales. Lentamente, Antelt y su compañera regresaron hasta donde estaban sus guerreros, los supervivientes.

Iban a regresar al sur, a esperar allí la llegada de los hombres del espacio. Mas no regresaban con las manos vacías. Todos

llevaban los medios precisos para no temer nunca más a la plaga.

Y, sobre todo, las pruebas irrefutables de que el temor, el miedo a los magos y brujos habían desaparecido.

FIN